

La Esfera

Año II * Núm. 54

Precio: 50 cénts.



El Jabón ordinario
quemama la piel.



El Jabón de
HENO^{de}-PRAVIA
la suaviza.



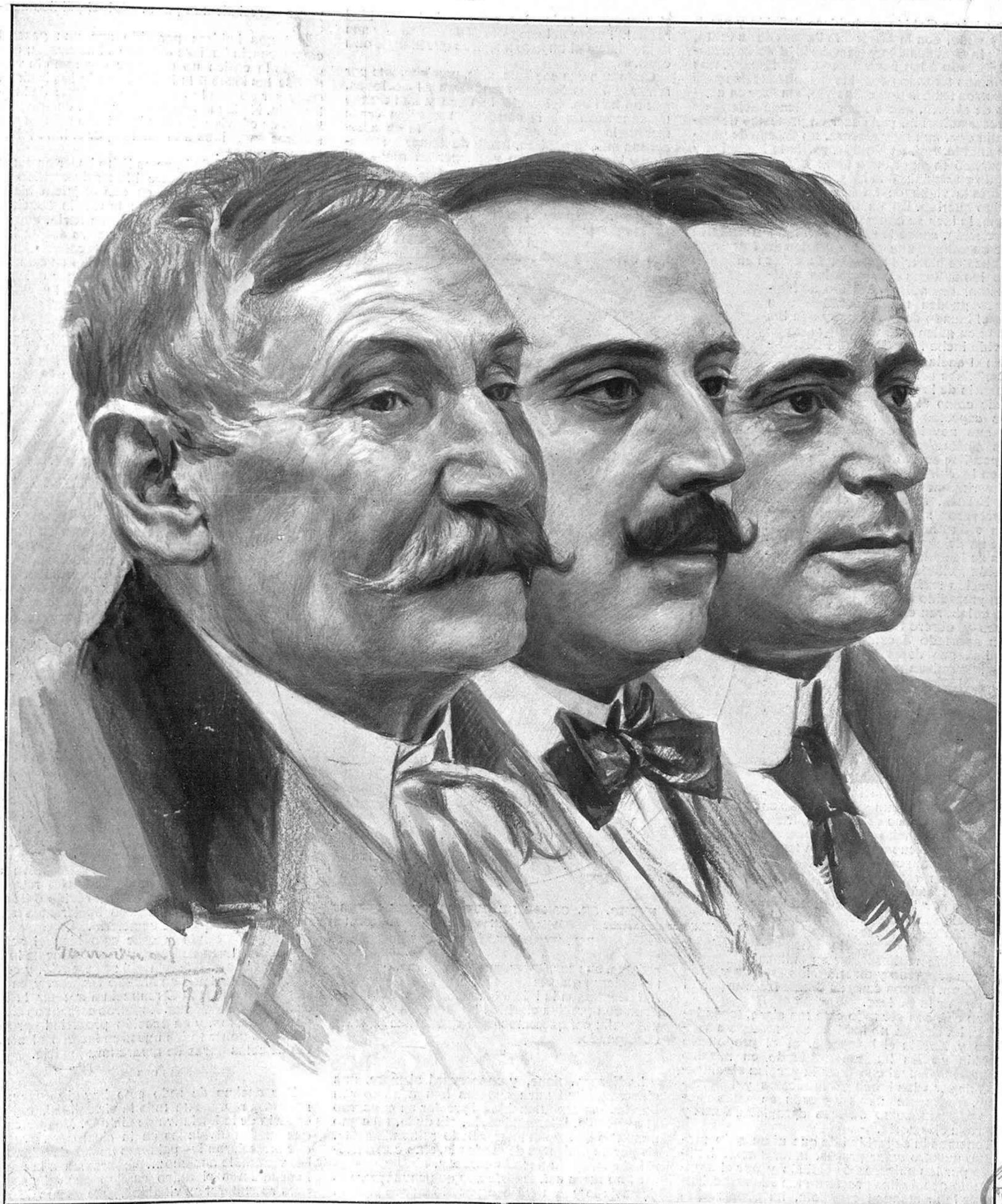
Ehrmann

La Esfera

Año II.—Núm. 54

9 de Enero de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



DIBUJO DE GAMONAL

El insigne Pérez Galdós, en grupo con nuestros compañeros Francisco Verdugo y Mariano Zavaía

DE LA VIDA QUE PASA EL HOMENAJE Á "LA ESFERA"

Si Pérez Galdós no hubiese definido y precisado, con la admirable llaneza de su estilo, la significación y ejemplaridad del homenaje tributado á los fundadores de LA ESFERA, nos veríamos turbados ante las dificultades que para nosotros tendría poder hacerlo, sin caer en alardes de alegría, que no por justificada dejaría de parecer soberbia, y sin caer en protestas de modestia que, aun muy sincera, no dejaría de parecer fingida. Así, de Galdós, partió la iniciativa y él explicó en su primera carta cómo fué germinando en su ánimo la idea, cuando cada semana recibía la visita de LA ESFERA, como la de un amigo querido. En su discurso, leído en el banquete, la idea se concreta y se precisa. Galdós, envejecido, cansada su vista en la labor titánica que constituye una de las glorias más grandes de nuestra historia literaria, se coloca en grupo con los millares de españoles alfabetos, que sólo por medio de imágenes pueden tener comunicación con el mundo de las ideas, y con los niños en quienes la visión gráfica de la vida incita la curiosidad y despiértales el ansia de saber.

Señalaba así Galdós, con su clarividencia de la realidad española, que nadie como él ha estudiado en sus dos aspectos espiritual é histórico, en sus novelas contemporáneas y sus *Episodios nacionales*, cual es la peculiar acción de la prensa gráfica en la cultura española. Desde el primer momento, los fundadores de LA ESFERA, al aceptar el homenaje expresaron en estas mismas páginas, con toda sinceridad y con claridad que no dejaba lugar posible á las dudas de la malicia, qué amplia significación atribuían á la fiesta y qué participación tenían en ella, cuantos nos han precedido en esta labor y cuantos colaboran en ella, artistas, escritores y obreros así como cuantos han aportado á estas empresas su capital, sus dotes organizadoras y administrativas, porque sin ellos estos periódicos no podrían haber llegado, en sus enormes presupuestos de gastos, á la normalidad que les permite tener la vida asegurada.

Hizo Galdós de nuestros fundadores, Verdugo y Zavala, dos nombres representativos de un momento culminante en esta evolución de la prensa gráfica, de una iniciativa arriesgada que consolida un gran impulso en la difícil conquista del lector, abriendo con ello ancho cauce á nuevas iniciativas de cuantos quieran tenerlas y se sientan con fuerzas para convertirlas en realidad. Y para nosotros, se festejaba el éxito de LA ESFERA, no por lo que tiene de triunfo personal y de nuevo avance en esta evolución de la prensa, sino porque él era la prueba de que el público español había realizado en su cultura un gran progreso y ofrecía á los artistas y á los escritores, nuevos campos donde laborar por el Bien y por la Belleza.

Aun así, con ser todo esto tan claro, tan indudable, LA ESFERA no hubiese aceptado para Verdugo y Zavala el homenaje, si al proponerlo Galdós no les hubiese graduado en nuestro mundo intelectual con aquella precisa significación de ser «dos hombres modestos y laboriosos», frases que ellos recabaron en estas mismas páginas, como su más apropiada, veraz y honrosa ejecutoria.

Tenemos la seguridad de que ni un solo momento nuestro amor propio, naturalmente halagado por las palabras de Galdós y por el asentimiento que á ellas prestaron tan altas autoridades de la mentalidad española, ha oscurecido la ecuanimidad con que juzgábamos nuestra representación y participación en la fiesta y la que en ella tenían, por derecho propio, cuantos laboran por la cultura patria en el libro y el periódico, en el cuadro y en la escultura, en la cátedra y en

el teatro, en todas las esferas de la actividad mental. Tenemos la seguridad de que no hay una sola palabra ni un acto nuestros que indique otra cosa.

Creíamos que ese homenaje, precisamente por rendirse á dos hombres modestos y laboriosos, que no han ambicionado la fama y han creado tribunas para que la conquisten cuantos crean merecerla y gozar sus halagos, había de acercarnos más al público, había de llamar su atención y lograr su cariño y obtener su respeto y admiración, no para LA ESFERA solamente, no para Verdugo y Zavala, sino para todos, absolutamente para todos cuantos realizan labor intelectual. Nos parecía ese un medio, entre otros muchos que debieran emplearse, para que el gran público español vaya abandonando aficiones livianas y poniendo su admiración en sus

yores merecimientos para recibir el público agasajo.

Mal nos hubiera parecido que una general complacencia hubiese asistido al homenaje; que cuando la crítica no depura y contrasta la verdad de las ideas ó la legitimidad de los hechos, suele ser porque los rodea un ambiente de indiferencia. Nada más consolador para cuantos vivimos en convivencia con la opinión pública que sentirse sometidos á discusión por el libre juicio de los hombres.

La única salvedad que es lícito hacer en estos casos, es la que se refiere á la tergiversación de las intenciones, porque en eso el juicio ajeno yerra siempre y sólo acierta la propia conciencia. No es, pues, exacto, ni puede serlo, que en la iniciativa de Galdós, ni en nuestra aceptación de ella, pueda haber olvido ni desconocimiento de los méritos contraidos en esta labor de la prensa gráfica por quienes con esfuerzos anteriores al nuestro, fueron educando el gusto del público é hicieron posible la existencia de varias publicaciones similares y posible un mayor esfuerzo, como el que por parte del concurso de los lectores, representa el éxito de LA ESFERA. No hay perfeccionamiento en el trabajo humano al que pueda atribuírsele un merecimiento individual; cada uno de ellos, antes de consagrarse, se forja por innumerables esfuerzos y sacrificios; así, en este caso, como en todos, LA ESFERA, al nacer no era una improvisación ni podía serlo, sino una continuación, una utilización, si se quiere, de la labor conocida que habían realizado todos nuestros precursores. Así lo proclamamos nosotros desde el primer instante. Singularmente la memoria de Perojo, con quien convivimos tantos años, no podía quedar olvidada por nosotros y fué recordada en su sazón y momento.

Tampoco podíamos olvidar la labor realizada por el Sr. Luca de Tena, que se ofrece como una ejemplaridad á nuestros ojos cada semana con *Blanco y Negro*, y cada día con *A B C*. Fuera esto absurdo; pero aun suponiéndonos capaces de tal ceguera, hemos de consignar que creíamos desde el primer instante que en nuestra fiesta, aunque dedicada á LA ESFERA, la cultura española había de rendir á Luca de Tena una prueba de la gratitud que le debe y aun si esto fuese poco, la conducta leal, digna, caballerosa del fundador de aquellos periódicos, y el entusiasmo con que acogió y secundó la iniciativa de Galdós nos hubieran hecho retroceder en ese pecado de olvido ó de soberbia si nosotros hubiéramos sido capaces de cometerlo.

Sabía y sabe esto bien el señor Luca de Tena, y hermosamente lo ha dicho en la carta de adhesión que envió, y cuyo texto reproducimos en *Mundo Gráfico*, y en las líneas con que *A B C* renuncia á aceptar la iniciativa de *La Tribuna*. Nosotros estaremos siempre dispuestos, y en ocasión propicia lo probaremos, á poner todas nuestras fuerzas al servicio de estas obras de reparadora justicia.

EXCMO. SR. CONDE DE ESTEBAN COLLANTES
Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, que presidió el homenaje á los fundadores de "La Esfera"



artistas, sus escritores, sus pedagogos, en cuantos quieren guiarle hacia un progreso definitivo. Así aceptamos la iniciativa de Galdós; así lo dijeron con precisa claridad los señores Verdugo y Zavala; así queremos que quede nuevamente consignado.

□□□

LA ESFERA, tiene, y conservará siempre, una sincera gratitud para cuantos han acudido con bondadosa espontaneidad á prestar su concurso al homenaje, interpretándolo, sin duda, tal como nosotros lo hemos interpretado reiteradamente, no por fingimientos de modestia, sino con sinceridad expresada de todo corazón.

Si no fuera así, tendríamos que envanecernos demasiado y no será ese pecado en que puedan caer nuestros fundadores. Tengan de ello la seguridad, aquellos contados escritores que han puesto reparos á la iniciativa de Galdós ó á la forma en que ha llegado á realizarse, ó que han querido encontrar en otras personalidades ma-

Por encima de todo esto hay algo que para nosotros representa toda la virtualidad, toda la eficacia de la iniciativa de Galdós. No queremos que queden olvidadas en la clamorosa ovación que merecieron las palabras finales del discurso del venerable anciano:... «honramos á la raza y le señalamos el único camino que debe seguir para robustecer su vitalidad. Este es uno de esos momentos críticos en que tocando con la mano ardiente de nuestra España, podemos decirle: «Tienes pulso, tienes pulso».

En pocos elementos españoles, como en los que podemos llamar culturales, había arraigado



Aspecto que ofrecía el gran comedor del Palace Hotel durante el banquete celebrado el día 4 del actual en honor de los fundadores de "La Esfera", D. Francisco Verdugo y D. Mariano Zavala

POT. SALAZAR



el pesimismo y el desaliento ante la lentitud con que nuestra nación seguía los progresos humanos. Así los anatemas de Joaquín Costa, la frase de Silvela, las amarguras de Ganivet y Pícaeva habían arraigado como dogmas de fe entre nuestros artistas y nuestros escritores. Galdós mismo, á raíz del desastre, aconsejaba acudir, y acudió él mismo, á la acción política, perdida toda esperanza en la acción regeneradora, educadora y revolucionaria á la vez, de las Artes y las Letras, que van trazando surcos de arado en el alma nacional.

Pero han pasado los tiempos y Galdós mismo nos avisa de que España revive, de que España tiene pulso. En el enaltecimiento de una labor callada, modesta, perseverante nos señala el camino para robustecer la vitalidad de la nación. Es preciso trabajar y honrar á los que trabajan; es preciso que se cree entre nosotros un ambiente de estímulo tenaz, de noble emulación en el que cada cual ponga, no los reparos negativos de su crítica, sino las afirmaciones fecundas de su esfuerzo.

Lo que Galdós nos advierte es que España está preparada para secundar y consolidar la obra de su resurgimiento y anhela que se la enseñe y se la guíe; lo que Galdós dice, es que esa opinión pública, á la que se moteja de neutra y acusa de egoísta, está deseosa de sumarse á toda empresa que le parezca noble y altruista, mostrando que no quedan en ella sedimentos de los vicios añejos que descarriaron la raza y abatieron su espíritu y, en cambio, siente vivificarse los gérmenes de todos los anhelos de cultura y de progreso.

Las palabras del Maestro acrecen nuestra fe. Estamos orgullosos, no de nuestra obra, sino de haber servido de pretexto, para que se escribieran y España las oyese. Porque esa fe no debe encenderse sólo en los que honran á España en las nobles especulaciones del Arte, las Ciencias y las Letras, sino en cuantos la enriquecen en la industria, la agricultura y el comercio; debe encenderse en todas las clases socia-

les, en los que llevan sus capitales á las luchas de la vida y en los que se defienden en ellas con los esfuerzos del trabajo manual, porque solamente, laborando todos con entusiasmo podemos rehacer la España grande en que del Rey abajo, soñamos ya todos los españoles.

Si las frases que Galdós ha dedicado á los hombres modestos y laboriosos, justificando con ellas plenamente el homenaje tributado á LA ESFERA, se repitieran incesantemente por toda la nación; si sirvieran de norma y estímulo á la juventud que se prepara para las luchas de la vida en los centros de enseñanza, tendríamos la seguridad de que el resurgimiento de España se realizaría en breve plazo.

Galdós ha recordado que en el intento de incorporarernos á Europa en un mapa ideal, hubo en nuestra sociedad no pocas vacilaciones y tropiezos; pero es indudable que aquel intento, nacido ante las amarguras de nuestro desastre colonial, procuró el primer esfuerzo del que surgió el renacimiento que se observa en todos los órdenes de la actividad española. Mas Galdós nos recuerda también lo que representan los días actuales, en que los pueblos cumbres se despedazan descubriéndonos la bancarrota de su civilización, y esto nos obliga á esforzarnos, á acelerar el paso, á soñar nuevas y fundadas esperanzas.

Antes la comparación de la vida europea con la nuestra, nos producía amargura y desconsuelo. ¡Estamos tan lejos!, se decía. ¡Nos hemos quedado tan rezagados!, repetían los pesimistas. No era solo la diferencia de grados de cultura; la depreciación de nuestra moneda nos agobiaba; la esclavitud industrial es, que dependíamos nos restaba alientos. Caminantes de un desierto veíamos el oasis en tales lejanías que desesperábamos de poder llegar á aquel horizonte. Pero ahora, no. En los días actuales, en que Europa se destroza, parece posible todo á nuestro optimismo consolador. Y lo que Galdós ha hecho con su iniciativa y sus palabras, es infundir á España este anhelo y señalarle este camino.

Todo, todo podremos conquistarlo si tenemos fe y perseverancia. Por esto ha querido honrar á los que modesta y laboriosamente las han tenido.

Para expresar nuestra gratitud á cuantos han llevado á extremos de cariño su adhesión al homenaje, no sabemos encontrar palabras que condensen la intensidad de nuestros sentimientos. Parecerían pálidas ó parecerían aduladoras.

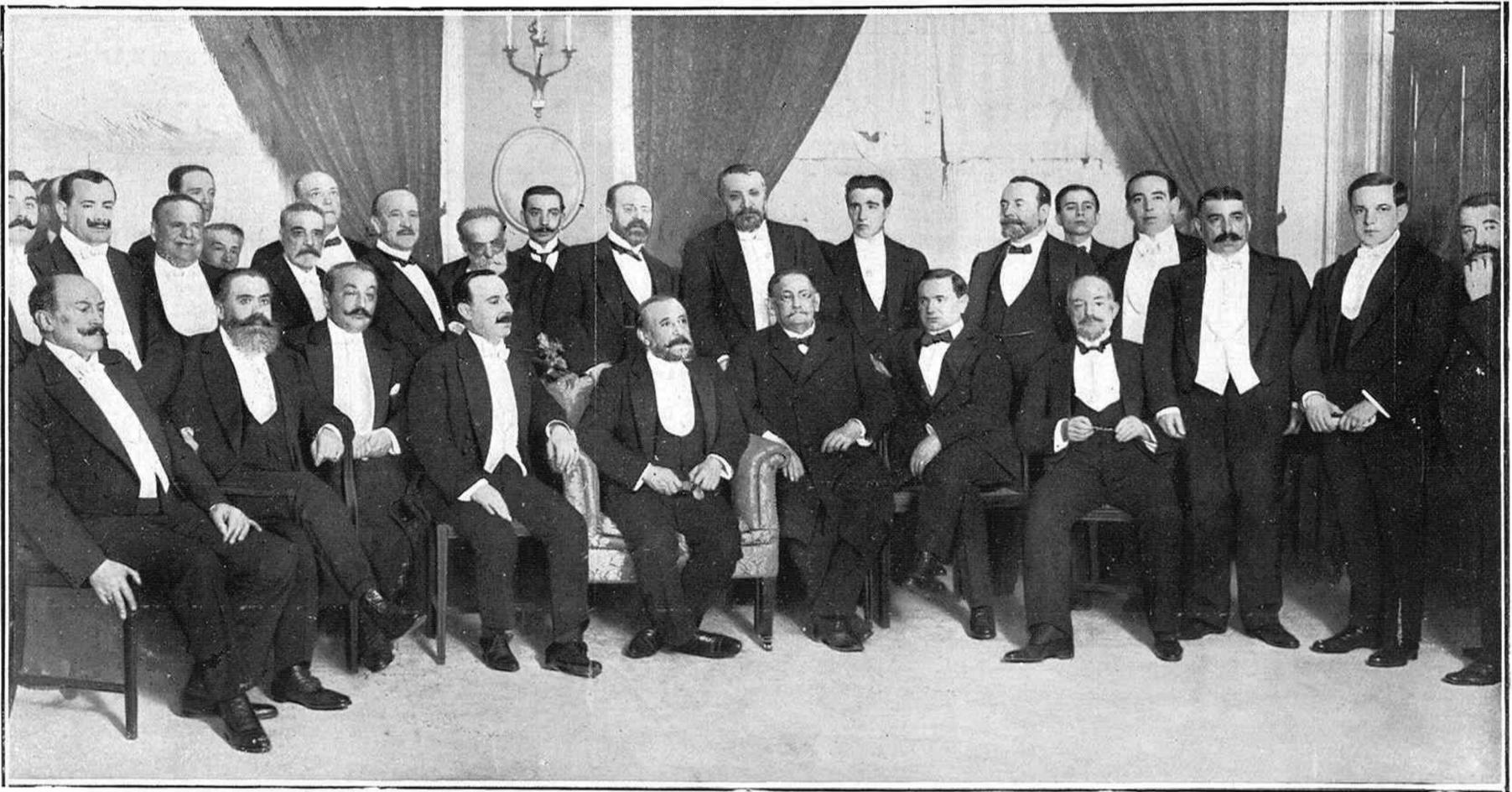
Especialmente queremos contraer públicamente la deuda á que nos deja obligados la ciudad de Málaga, que tan afectuosamente ha recordado que en ella naciera nuestro Director y que en ella realizara sus primeros trabajos periodísticos.

El Ayuntamiento de la bella capital, la Asociación de la Prensa, la Cámara de Comercio, El Sindicato de Iniciativas, la Academia de Declamación, la Escuela de Bellas Artes y la de Artes y Oficios, el Círculo de Bellas Artes y la Asociación Patronal se han adherido al homenaje con efusivo afecto que no podremos olvidar nunca.

Representó en el banquete á aquella Asociación de la Prensa, su diputado á Cortes don Luis Armiñán, con lo que se redobló para nosotros la honra que se nos hacía, porque Armiñán, periodista culto, político que ha ganado prez en los altos puestos que ha desempeñado, luchador infatigable, pertenece á los que han gastado su mocedad en las más nobles lides y deben cuanto son á los tesones de su personal esfuerzo. De esta misma calidad era el representante designado por aquel Ayuntamiento, D. Emilio Menéndez Pallarés, jurisconsulto, periodista, orador preclaro, ha ganado tal popularidad, que su nombre goza en toda España los más altos prestigios.

Nos sería imposible enumerar otras representaciones así como las adhesiones que han llegado á nosotros de todas las regiones de España, de centros obreros, de corporaciones y de numerosos lectores de LA ESFERA.

Para todos tendremos siempre el recuerdo imborrable de una sincera gratitud.



Los Sres. Verdugo y Zavala, rodeados de los señores ministro de Instrucción Pública, conde de Esteban Collantes, Pérez Galdós, Villegas, alcalde de Madrid, gobernador civil, Moya, Francos Rodríguez, Ferrant, López Mezquita, Zurano, Ramos Carrión, García Kholy, Pichardo, Armiñán, Inurria, Ortuño, conde de Peñalver y Blay, que con otras distinguidas personalidades presidieron el banquete

FOT. SALAZAR

GALDÓS Y "LA ESFERA"



Discurso del insigne autor de los "Episodios Nacionales", leído en el banquete celebrado el día 4 del actual en honor de nuestros directores

«Señores y amigos:

NUNCA pude imaginar que mi propuesta de ofrecer público testimonio de admiración á los fundadores de LA ESFERA se realizara sin dificultades ó contradicciones, ni que fuera posible, en brevísimo tiempo, atraer y congregarse tantas y tan poderosas voluntades.

Demuéstranos este rotundo éxito que no hice más que traducir ingenuamente, al lenguaje verbal, los latidos del corazón de España al hojear las páginas de la bella ilustración prodigio de las artes gráficas nacionales, colocadas hoy al más alto nivel de perfección que puede imaginarse; demuéstranos, asimismo, que de la España tradicional se ha eliminado lo caduco y deleznable, conservando á la vez aquella hidalguía que fué blasón augusto de nuestros mayores é incorporando á nuestra vida espiritual efusiones de sano patriotismo, desinterés para el elogio de las obras ajenas, y el noble arranque de ensalzar lo que es digno de admiración en nuestro suelo, tan fecundo antaño en derrotas que debieron ser triunfos con la ayuda de la opinión colectiva.

Y ahora, señores y amigos, ilustres representantes de la cultura hispana en todos los órdenes, permitidme que tome vuestro nombre, para con esa representación honrosa, ofrecer el homenaje á los señores Verdugo y Zavala.

No desconoceréis que en el intento de incorporar á Europa en un mapa ideal, hubo en nuestra sociedad no pocas vacilaciones y tropiezos; pero en estos calamitosos días presentes, mientras los pueblos cumbres se despedazan descubriéndose la bancarrota de su civilización, unos centenares de hombres, con ejecutiva social bien definida, se reúnen, no para proclamar la destrucción del género humano, sino para poner en nuestros altares la sacra imagen de la paz, y á la sombra de este símbolo enaltecer á dos infatigables trabajadores que consagraron su inteligencia y su vida á una causa tan noble como ilustrar al pueblo.

Sin que en mis palabras pueda verse el menor desvío para los maestros de la pluma y de la oratoria, me propongo ensalzar la crónica grá-

fica, porque en un país donde la proporción de analfabetos es desconsoladora, constituye el grabado un importantísimo elemento cultural y pedagógico de incuestionable valor.

¿Quién de vosotros no habrá tenido ocasión de observar al infeliz obrero ó al rústico fatigado al fin de la jornada, buscando en las revistas gráficas su medio de comunicación con el mundo?... ¿Quién no habrá sorprendido alguna vez en los rapaces analfabetos el ansia de poseer la lectura para comprender la significación de una fotografía ó un grabado que impresionó su espíritu?...

Del valor de la forma gráfica como auxiliar ó suplente de la forma literal, pondré un ejemplo recogido en la propia existencia del que en estos momentos os dirige la palabra. Amenguada considerablemente mi vista, he perdido en absoluto el don de lectura. Con profunda tristeza puedo asegurar que la letra de molde ha huido de mí, como un mundo que se deshace en las tinieblas. Pero si no percibo las menudencias del verbo impreso ó escrito, puedo apreciar las formas abultadas de las imágenes reproducidas por la fotografía ó el buril, principalmente cuando esas imágenes son bellas, que la belleza suplente á la luz y con el sol mismo se iguala para dar contorno y realce á las formas que llevan en sí un ideal de grandeza. Vivo como si Gutenberg no hubiera existido para mí; los museos aún pueden dar algún placer á mis ojos; las bibliotecas han vuelto al caos de donde las sacó la humana sabiduría. Pues bien; en esta situación me acojo al elemento gráfico y en él busco mi consuelo, mi enseñanza y mi única relación con el mundo exterior. Todo esto me lo ha proporcionado LA ESFERA. Sus admirables páginas en que se nos presentan los monumentos más gallardos, las escenas más seductoras, las batallas, las hermosuras de cielo y tierra, el paisaje risueño y aun la caricatura graciosa, son al propio tiempo el embeleso y medicina de nuestro espíritu. Por eso los pobres analfabetos y rústicos de que os hablaba antes y yo, debemos declarar y declaramos que, privados de los beneficios de la imprenta, hemos encontrado un duplicado Gutem-

berg en los creadores de LA ESFERA: Zavala y Verdugo.

Fácilmente se comprenderá que las publicaciones gráficas se desarrollen con tanto ímpetu y circulen por todos los confines de España con profusión enorme. Las alabanzas que hoy tributamos á estos dos fomentadores del arte gráfico deben alcanzar también á los que fueron sus precursores, creando revistas ilustradas que tuvieron y aún tienen inmenso público.

En cuanto á Verdugo y Zavala, creo que para muchos de los aquí congregados, serán desconocidos personalmente. No han lucido en salones, no han gastado su nombre en las lides políticas, ni siquiera se distinguieron como mantenedores de cualquiera de los deportes al uso. Recluidos en su gabinete de trabajo, rodeados de preciosos elementos, permanecieron largos días erigiendo, pieza por pieza, la potente máquina de una robusta organización industrial, literaria y artística. Y en tanto sus obras circulaban por las ciudades, villas y aldeas de la nación, traspasando luego las fronteras para divulgar por todo el mundo los primores de la gráfica española.

Los que labraban tales joyas no salían de su obscuridad laboriosa, atentos á dar á sus hechuras mayores sutilezas y perfecciones. Desconocidos permanecían Zavala y Verdugo, y, por mi parte, aseguro que, admirándoles como les miro, esta noche cruzo mis palabras con ellos por segunda vez. ¡Qué orgullo para los dos haber podido anteponer su obra formidable á la enunciación de sus nombres!

Hijos son del trabajo austero, forjadores de la belleza en el yunque de una perseverancia inflexible, y al honrarles con el calor que ponéis en este acto solemne, creo que honramos á la raza y le señalamos el único camino que debe seguir para robustecer su vitalidad. Este es uno de esos momentos críticos en que tocando la mano ardiente de nuestra España, podemos decirle: «Tienes pulso, tienes pulso.»

B. PÉREZ GALDÓS

Madrid, 4 de Enero de 1915.»

LO QUE FUÉ REGIAS BODAS

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

PARA el 23 de Enero de 1887 quedó señalada la boda del Rey Don Alfonso XII con su augusta prima Doña María de las Mercedes. Aún vivían muchos que asistieron á las fiestas celebradas por el regio enlace de Doña Isabel II con Don Francisco de Asís y hubo el propósito de seguir la pauta de lo antiguo, organizando para ello los regocijos acostumbrados, funciones teatrales gratuitas, iluminaciones fastuosas y las clásicas corridas de toros.

Tres ó cuatro días antes del 23 de Enero, se vió visitada la Corte por multitud de hijos de todas las provincias de España. Estaba Madrid que no se podía dar un paso por sus calles. Los hoteles, fondas, casas de huéspedes y particulares, rebosaban de forasteros. Pasaron de ochenta mil los que acudieron á contemplar la cara de la nueva Reina, que era como la actual, un dechado, un encanto de belleza y simpatía; y los jolgorios y demostraciones de público contento con que la Nación congratulábase de aquel matrimonio, antes propuesto por el amor que por las indicaciones y conveniencias protocolarias.

Las principales regiones enviaron parejas vestidas con los trajes típicos de cada comarca. ¡Aún tenía el pueblo, en distintos puntos de España, característicos modos de vestirse! Los trajes regionales han ido desapareciendo y apenas si existen como recuerdo algunos zaragüelles en los campos valencianos, algunas monteras típicas en Asturias y Murcia, tal cual charro en los recios y nobles lugares de Salamanca, y las consabidas barretinas de Cataluña.

Las parejas de esta región y las de Aragón, Castilla, Andalucía y provincias del Noroeste que realizaron la boda de Don Alfonso obtuvieron gratísima acogida, y aunque en sus exhibiciones públicas había diversidad de trajes, era uno solo y bien enérgico y resuelto el amor á la nacionalidad española.

La boda se verificó en Atocha, aquel templo ya desaparecido y en cuyas paredes ostentábanse los trofeos de las victorias conseguidas por nuestros soldados. La novia estuvo en Aranjuez con sus padres, los duques de Montpensier, hasta el momento de la ceremonia, en que fué al templo desde la estación del Mediodía, entonces situada mucho más allá que ahora.

El Rey fué á la Iglesia acompañado de su padre don Francisco de Asís, á quien Madrid no había visto desde antes de la Revolución, y al que saludó con respeto. Después del enlace, los regios cónyuges marcharon á Palacio por el Prado, calles de Alcalá y Mayor, entrando por el arco de la Armería, que también ha desaparecido para embellecimiento del Alcázar.

La carrera que siguió la comitiva estaba engalanada con arcos y los balcones de las casas lucían colgaduras y retratos de don Alfonso y de su augusta esposa. Hubo mucha gente y eso que el día fué de los de riguroso invierno. Soplaban un vientecillo sutil, de los que envía el Guadarrama, con bríos para matar hombres sin tenerlos para extinguir candiles. No hubo desórdenes ni perturbaciones. Desfiló la tropa ante Palacio, y el público, deslumbrado por el fausto



LA REINA MARIA DE LAS MERCEDES, DE ESPAÑA

de la Corte, aplaudió complacido á los soberanos...

Sin embargo, en la noche del 23 y mientras la gente discurría por las calles para ver las iluminaciones, realizóse un suceso criminal, análogo aunque no tan bárbaro y cruel, como el acaecido en la boda de Don Alfonso XIII.

En la calle de Trajineros, cerca del Palacio del Duque de Sexto, es decir, en el lugar que hoy ocupa el Banco de España y por la parte del Prado, estalló una bomba. El estampido produjo bastante alarma y el explosivo mató á una mujer, hiriendo gravemente á una hermana suya y á una niña que iba en la compañía de ambas.

El hecho, no fué profusa y vivamente comentado, como lo hubiera sido en estos tiempos, porque la Prensa limitóse entonces á noticias escuetas, y los elementos oficiales prefirieron el silencio á referencias prolijas, detalladas y acaso sugestivas.

Las iluminaciones satisficieron á Madrid y á sus innumerables huéspedes. Fué un verdadero derroche de luces de gas, porque aún la electricidad no tenía las aplicaciones perfeccionadas de los actuales tiempos. Con mecheros de gas se adornaron los paseos del Prado (que en tal época era el más concurrido de todos los de la capital de España) y Recoletos, los edificios públicos y muchos particulares. La iluminación que produjo verdadero asombro fué la del Palacio del Marqués del Campo, que es el ahora ocupado por la Marquesa de Manzanedo, en la esquina de la calle de Villanueva.

Las funciones gratuitas se dieron en el Real, Español, Comedia, Zarzuela, Alhambra, Novedades, Variedades, Martín é Infantil. Los repartos de billetes originaron muchos disgustos. Estuvo á punto por ellos de quebrantarse la disciplina del partido conservador, y los liberales á poco se salen de la legalidad por análogo motivo. La diputación de la Grandeza, reunida en casa del Conde de Balazote, llegó á amenzar con retirarse de los actos oficiales por la distribución de entradas para los toros; pero al fin todo se arregló. Muchas veces sufrió en su vida política Romero Robledo ataques de los adversarios, pero jamás fué tan combatido como por lo de las entradas para los espectáculos gratuitos.

Como también hubo reparto de cruces, también esta distribución causó grandes enojos, y eso que la *Gaceta* llenó todas sus columnas el día 23 de Enero con la relación de las mercedes concedidas.

Corridas de toros se verificaron tres. En dos, con caballeros en plaza apadrinados por la nobleza, la Diputación provincial y el Ayuntamiento. Se lidiaron en los tres días 30 toros por 17 espadas, 27 picadores y 48 banderilleros. No recuerdo nunca haber sufrido tanto frío como en aquellas corridas, en que nada fué digno de llamar la atención, aparte la pompa con que se presentaron los lidiadores, en verdad soberbia. Un caballero en plaza fué revolcado y herido; también sufrieron heridas los alabarderos, porque aún persistía la atrocidad de poner debajo del palco

Real, dos filas de guardias del referido Cuerpo para resistir las acometidas de la fiera.

Currito, Frascuelo, Hermosilla, Caraancha, Felipe García y Angel Pastor, que entonces hallábanse en su apogeo, á duras penas cumplieron. Sin embargo ahora puede que los hubieran sacado en hombros, cuantos sienten afición á cargar con los toreros de moda. Fué también nota de aquellas corridas la reaparición de diestros retirados; el Salamanquino y Regatero, que gastaban patillas; Cayetano Sanz, que también las gastaba y era incomparable en el capeo; Arjona y Guillén, Suárez, que tenía una taberna en la calle del Espíritu Santo, y el Panadero, hermano del Gordito. Estos espadas veteranos, se habían cortado la coleta, pero como entonces no se conseguían grandes fortunas matando toros, ante ciertas halagadoras condiciones, volvieron á vestir el traje de luces. Claro está, que la prueba fué adversa para quienes la hicieron, porque sin juventud no se pueden arrostrar los peligrosos lances taurinos. Al Salamanquino, le echaron un toro al corral; Cayetano Sanz, al pasar de capa se lastimó, y Arjona Guillén sufrió un desastre; Regatero, quedó mal y Suárez lo mismo. Sólo Gonzalo Mora, que sin ser viejo ya estaba maduro, pudo oír algunos aplausos. También fué objeto de grandes demostraciones de afecto, un inspector de policía urbana, don Nicolás Rivas, muy popular en su tiempo. Durante la lidia con rejoneadores, estaba Rivas á caballo en el redondel con otros alguacillitos; se le arrancó un toro, derribándole con el potro que montaba, y lo hubiera pasado mal, sin la intervención de Frascuelo, que era un asombro en los quites como en las estocadas, aunque nosotros le empezábamos á tomar tierra porque aspiraba, el ambicioso, á que le diesen 12.000 reales por función. ¡Y pensar que ahora hay quien se contenta con 7.000 pesetas miserables!

En los festejos celebráronse también juegos florales. El Ayuntamiento abrió un concurso literario premiando á Leopoldo Cano con una violeta de oro y con un pensamiento del mismo metal á don Juan de Dios de la Rada y Delgado, que era en aquellos días conocidísimo. En el mismo certamen obtuvo premio Ricardo Blanco Asenjo, malogrado escritor, de quien dijo Luis Taboada, al preguntarle por su mérito: «Pues unos dicen que *blanco* y otros dicen que Asenjo». Como nota artística se dió la de disponer que en la actual plaza de Colón se alzase el monumento que ahora vemos, y que fué costeado por los títulos de Castilla.

Y como nota triste la de lamuerte de don Patricio de la Escosura, suceso que pasó inadvertido. Aquel hombre que en la política y en la literatura había adquirido legítimas preeminencias, murió olvidado de todos, excepto de unos cuantos amigos—Castelar entre ellos—quien dijo en el momento de enterrar á Escosura: «La justicia fué más atenta con él en vida, que en la hora en la muerte».

Por la transcripción,

J. FRANCOS RODRIGUEZ



D. PATRICIO DE LA ESCOSURA



D. LEOPOLDO CANO

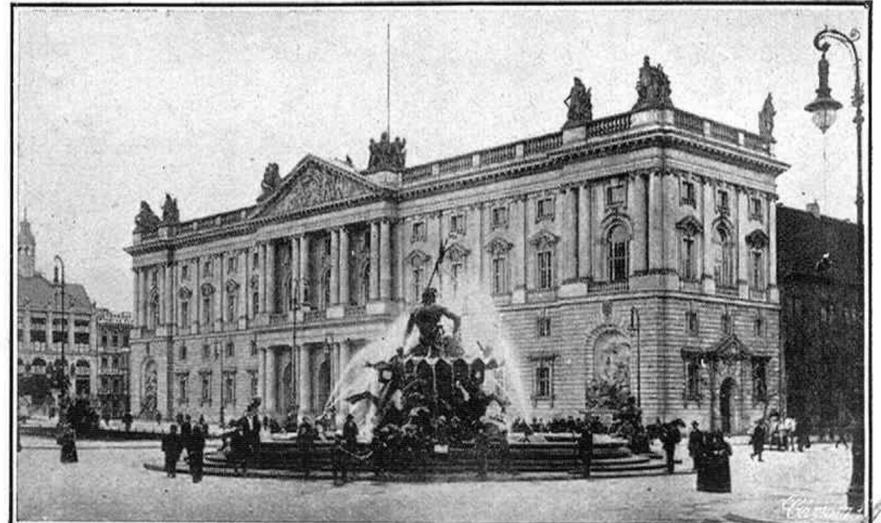
INTERVIUS DE ULTRATUMBA
HABLANDO CON LAS SOMBRAS



“UNSER FRITZ”



Palacio Imperial de Berlín



Palacio del Kromprinz, en Berlín

Así me llamaba el pueblo cuando concluyó la guerra de Dinamarca: «Unser Fritz»!... De cuantos títulos he ostentado, incluso el efímero de Emperador de Alemania, que sólo sirvió para que me amortaja-

ran bajo las águilas de oro, después de un reinado que no llegó á cuatro meses y que no fué sino una agonía terrible, el que más me agradó siempre fué aquel dictado cariñoso que me dieron los soldados en el espantoso invierno de 1863, todo nieves y huracanes, cuando compartía con ellos las durezas del campamento de Hoyse-Cor. Yo gustaba de la compañía de las tropas y de que no me fuese servido otro manjar que el que ellas recibieran. Pernoctaba en las avanzadas, envuelto en una piel de carnero de Pomerania, con los pies metidos en una bolsa de cuero, rellena de paja de maíz. Cuando pasaban á mi lado los centinelas, que iban á relevar los puestos, pensando que yo dormía, se paraban un momento á mirarme, y entonces los oía decir: «Ahí está Unser Fritz. ¡Ahí está nuestro Federico!» Y mi alma joven se inundaba de alegría.

—La Fortuna, señor, os elevó al trono. La Actualidad, que es la Diosa menor en el Olimpo de la Fortuna, os llama ahora por mi humilde ministerio, para que reaparezca un punto entre los vivos. Y, si os place, nos refiráis los rasgos salientes de vuestra vida generosa y elevada en la que el mundo sabe fuisteis el Príncipe magnánimo.

—Fuí solo el soldado y el obrero de Alemania. Cuando yo nací, en Octubre de 1851, en el Palacio Nuevo de Potsdam, donde también expiré, Alemania era una expresión étnica. No era una realidad política. Existía sólo en la mente de Prusia, como aspiración, en la que únicamente creían mi augusto padre, Príncipe Real del reino prusiano entonces, Regente de éste más tarde, durante la enfermedad de su hermano el Rey Federico Guillermo IV, Rey por fin, y Bismarck. Los Estados de la confederación germánica nos eran hostiles, Austria se imponía á nuestros anhelos de grandeza, humillándonos en la dieta de Francfort. Eramos pobres, las luchas de clases nos dividían, la revolución palpita en derredor del trono. Contra todos estos obstáculos peleó pacientemente mi padre, y en quince años de trabajo consiguió ver realizado su pensamiento. Yo le admiraba y le servía con entusiasmo.

—La historia os juzga como amigo de la paz y de la concordia entre los pueblos.

—Mis aficiones personales eran las de un estudiante, las de un artista, pero cumplí mis deberes de militar con amor y frenesí. Recibí el bautismo de fuego en la acción de Hoyse-Cor, que fué la primera de la guerra con Dinamarca, en 1863. Gané los laureles para mis tropas en la batalla de Sadowa, cuando la guerra con Austria, en 1866. En la guerra con Francia, de 1870, triunfé en Wissemburgo, en



Estatua de Federico III, en Leipzig



Woerth y en Sedán. Como alemán y como Príncipe de la familia de Hohenzollern respondí á las obligaciones que me correspondían... Pero eso, sobre que está en la memoria de todos y no necesita remembranza, no constituye lo más grato de mis recuerdos.

Tenía yo veinte años cuando fui con mi padre á la Exposición Universal de Londres. Era el año de 1851. Había concluido mis estudios de Literatura, de Historia, de Derecho, de Música. Mi maestro, el gran Curtius, había despertado en mi alma el amor á las glorias pasadas, á los hechos sublimes de la humanidad. Desde los quince años mi libro de cabecera fué el de Plutarco, *Las vidas paralelas*. Mis viajes por Italia y por Oriente me habían enseñado horizontes que dan á la luz la importancia de un sér vivo. En la Universidad de Bonn, donde es tradicional el estudio de España y de sus letras, había aprendido cuanto hay de hermoso en vuestro *Romancero*. El hispanólogo Furts, otro de mis maestros, ha contado en sus Memorias que yo me deleitaba escuchando sus explicaciones sobre la Epopeya del Cid, en la que mi *alemanismo* me hacía encontrar semejanzas con nuestro Goetz de Berlichingen. Y aquel maestro me decía: «No, Príncipe. El Cid es más grande, y además es todo un pueblo». No me atrevía á contradecir al insigne profesor, aunque no me daba por vencido. En ese estado de espíritu fui á Londres. Allí me presentaron á la Princesa Victoria, hija de la gloriosa Reina de Inglaterra. Me estaba destinada para esposa. Quedé encantado en la primera visita. Todas las gracias de la noble Albión estaban sintetizadas en aquella doncella, bajo cuyos bucles de oro palpitaba el idealismo de su raza. De lejos me pareció un ángel. De cerca ví que era algo mejor: una mujer perfecta. Los londinenses me acogieron con simpatía. La Ciudad me otorgó el título de *Ciudadano honorable*, y los poetas de la Corte me colmaron de tropos. De aquel viaje me llevé á Alemania un gran entusiasmo por la raza británica, y lo que valía más que toda otra cosa: me llevé á la madre de Guillermo, mi hijo amado, que era el sér á quien la Divina Providencia había elegido para que Alemania ejecutara el necesario, terrible, ejemplo del poderío germano.

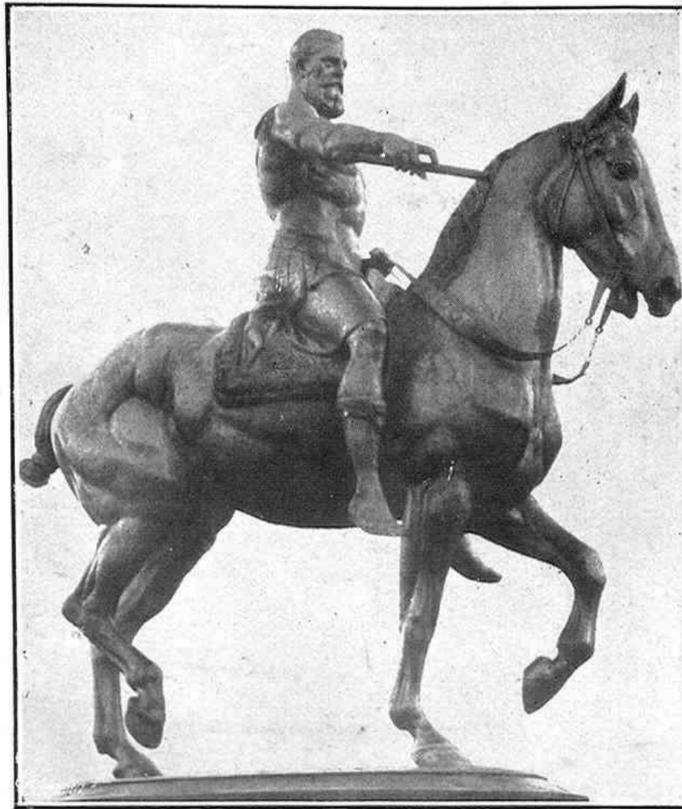
—Se ha dicho, que vos, señor, no estábais de acuerdo con el concepto del mando que tenía vuestro hijo.

—Eso se ha escrito en Francia. No es cierto. Hallándome en San Remo, pocos días antes de que falleciera mi augusto padre, como yo sintiera que la muerte me tenía ya en sus manos, y seguro de que mi Imperio sería breve, dije al médico Mackenzie, que iba á practicar sobre mi pobre garganta, enferma, una operación decisiva: «Proceded sin temor. Si fallezco hay quien recoja el cetro. Cuando el Emperador Guillermo le deje caer de su mano inerte hay un mozo valeroso que le tomará con vigor y le usará con sabiduría».

—¿Queda en su ánimo algún recuerdo del viaje que hizo á Madrid, siendo Kronprinz?

—Queda uno de los más agradables en el largo rememorar de mis excursiones. El Canciller de Bismarck me había dicho que España era una nación sin guías. La frase exacta es esta: «Un poderoso caballo sin freno». Fui yo á España por invitación del Rey don Alfonso XII. Realizaba un viaje marítimo. Era á fines del año de 1885. Llegué al Grao de Valencia el 22 de Noviembre en el *Prinz Adalbert*. En las aguas valencianas me esperaban las fragatas españolas *Numancia*, *Victoria*, *Carmen* y *Lealtad*. En nombre del Rey me dieron la bienvenida los generales Blanco y Salamanca y también estaba allí el embajador de Alemania, Conde de Solms. Pasé en Valencia pocas horas. Asistí, en su teatro principal, á una función de gala en la que una compañía italiana ejecutó la obra *La fuerza del destino*. Salí para Madrid en el tren real. En la estación del Mediodía me esperaba don Alfonso, en compañía del Duque de Sexto, del Conde de Heredia Spínola y del Gobierno. El Rey de España vestía unifor-

me de coronel de Ulanos. Yo el del regimiento de dragones de Silesia, número 11. Los periódicos de Francia habían hecho una larga campaña para que los españoles me recibieran mal. A pesar de eso, sólo tuve aplausos, vítores, saludos respetuosos. Mi maestro Furts decía que cada pueblo puede ser sintetizado en una palabra que suelen repetir frecuentemente sus naturales. Francia es el *sprit*, Italia es la *gentilezza*, España la *hidalguía*. Nadie sabe como el español recibir al huésped. Quedé encantado.



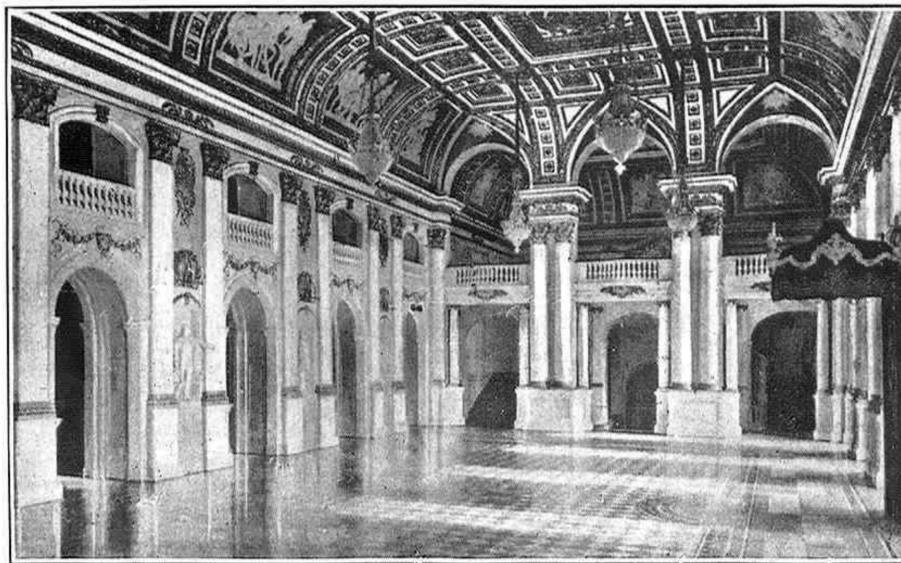
Estatua de Federico III, en Brema

—¿Qué impresión causó á vuestra majestad la persona del Rey Alfonso XII?

—La comuniqué en una conferencia que concedí entonces al famoso corresponsal del *Times*, Blowitz. Le dije que don Alfonso «tenía un gran talento y una deliciosa sencillez, que era un joven animoso, capaz de todo lo bueno, un caballero á la antigua dentro de un hombre modernísimo, que tenía la nostalgia de una gran empresa nacional y que sólo esperaba la posibilidad de realizarla».

—Los madrileños de aquellos tiempos recuerdan la revista militar que el 24 de Noviembre se verificó en presencia de vuestra majestad y del Rey de España. La elevada talla de vuestra majestad dominaba á cuantos le rodeaban.

—Es cierto. Me contaron que el público hacía comentarios sobre mi estatura, y preguntaba: «¿Son tan altos todos los prusianos?» Las fiestas que se me dedicaron en Madrid fueron espléndidas. En la noche del 26 se celebró una retreta *aux flambeaux*, en la Plaza de la Armería del Palacio Real. El día 30 hubo baile. El rigó-



El Salón Blanco del Palacio Imperial, de Berlín

dón de honor lo bailé con la Reina Cristina. El Rey fué la pareja de su madre la Reina doña Isabel II, que había llegado á la corte poco antes y que de allí salió para Sevilla. Asistí á la inauguración de la casa de la Academia de Jurisprudencia, donde Romero Robledo pronunció un discurso sobre los delitos de la palabra... Presenció el descubrimiento de la estatua de Isabel la Católica, en el Paseo de la Castellana. Me interesó mucho una visita al cuartel de la Montaña, donde ví admirables soldados. Se comentó la curiosidad que despertó en mí el calzado de campo de algunas tropas: la alpargata. Como yo le pidiera al Rey explicaciones de las ventajas de esas sandalias, él me contestó: «Es un calzado con el que no se puede huir». Y eso lo dijo sin fanfarronería, con naturalidad simpática, con el entusiasmo de un Monarca que cree en su ejército y cuenta con él para grandes cosas.

—¿Es cierto que entonces estuvo en proyecto una alianza de España y Alemania?

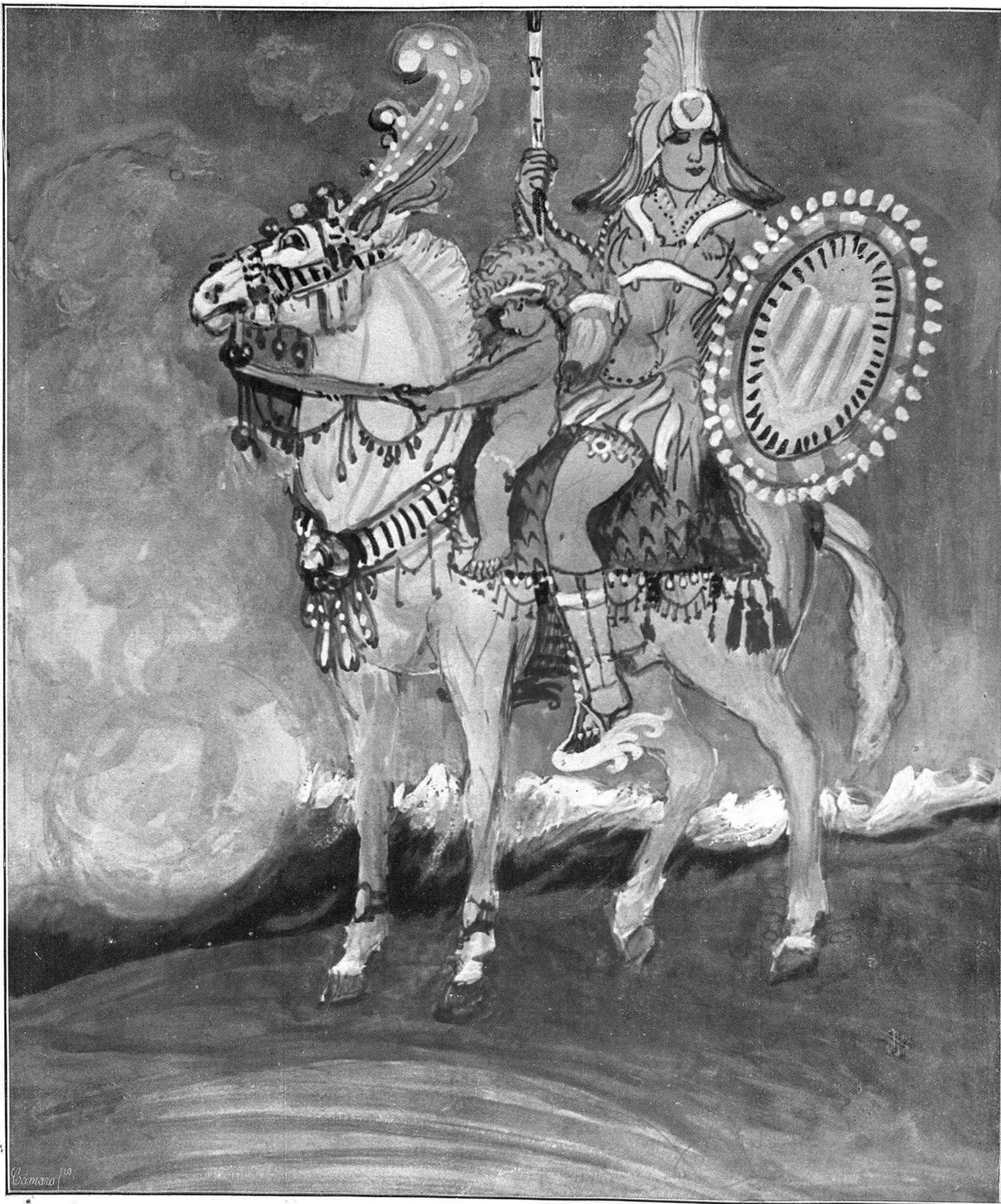
—Nada hubo serio acerca de esto. Ya lo ha explicado Bismarck en sus Memorias. Era un deseo suyo de que participara don Alfonso y que sonreía á Cánovas. Sin embargo éste no hizo cosa alguna para que ambos pueblos se aproximaran. El quería que su nación permaneciera aislada, temeroso de que, al entrar en el juego diplomático, le fueran pedidos sacrificios que no le convinieran. Consideraba muy recientes las guerras, tenía las consecuencias de la colonial que amenazaba. Pero los alemanes han sentido constantemente afectos y admiración por España. Son los que mejor han estudiado sus letras, los que mayor entusiasmo han sentido por sus artes. Y como no los separaba ningún pleito político podían haber enlazado. Yo me hice presentar á dos eminencias españolas, á Tamayo, cuyo *Drama Nuevo* se ponía frecuentemente en escena en Berlín, y á Núñez de Arce, el poeta castellano. Visité el Museo del Prado y admiré las maravillas de Velázquez que allí se guardan. Aprendí en esta breve visita á España que hay en vuestro país infinitos tesoros materiales y morales que no han sido utilizados aún. Al regresar á Alemania recibí en audiencia al doctor Fanstenrath, el ilustre hispanólogo, y le expuse mis impresiones que él comunicó al público en un artículo de la *Gaceta de Colonia*. Aunque en esta conversación hablamos casi exclusivamente de arte, no dejó el doctor de apuntarme la idea política, la de una alianza que uniera á dos pueblos que han nacido para entenderse, por lo mismo que, como ya he dicho, no están separados por competencia de aspiración. Ello no ha podido ser. Pero la vida no se acaba ni limita en un período de generaciones. ¡Quién sabe si el tiempo, rectificando errores momentáneos, no cumplirá designios que parecen divinos, por ser tan naturales y adecuados á la realidad!

—¿Es cierto que no estábais de acuerdo con Bismarck y que, aun estimando en mucho sus servicios, pensábais prescindir de ellos?

—Yo creía que era necesario instaurar en el Imperio una política francamente liberal. Disentía en esto del Canciller. Apenas tomé posesión del cetro, en Marzo de 1888, lancé un rescripto al pueblo anunciando mis intenciones. Pero mi enfermedad me imposibilitaba para todo. Los cirujanos ingleses y alemanes discutían á mi lado. La incompatibilidad de razas se evidenció entonces, convirtiendo la discusión técnica, sobre la salud de un moribundo, en un pleito odioso... Y mientras argumentaban, llegó la muerte. Fué lo mejor, sin duda, pues el Señor lo había dispuesto.

Hace poco que la oficialidad de los dragones de Silesia, de que fué jefe, siendo Kronprinz Federico III, llevó á su sepulcro una corona, hecha con el hierro de un cañón, cogido á los franceses en la batalla del Marne. Y en las cintas metálicas de ese trofeo se leen estas palabras: «Al Emperador Federico III de Alemania, á *Unser Fritz*». Homenaje de ternura al que, más que Soberano, fué hombre enamorado de los libros, de las ideas y de la paz.

ARTE DECORATIVO



MARTE Y CUPIDO

Dibujo al temple por Agustín Ferrer

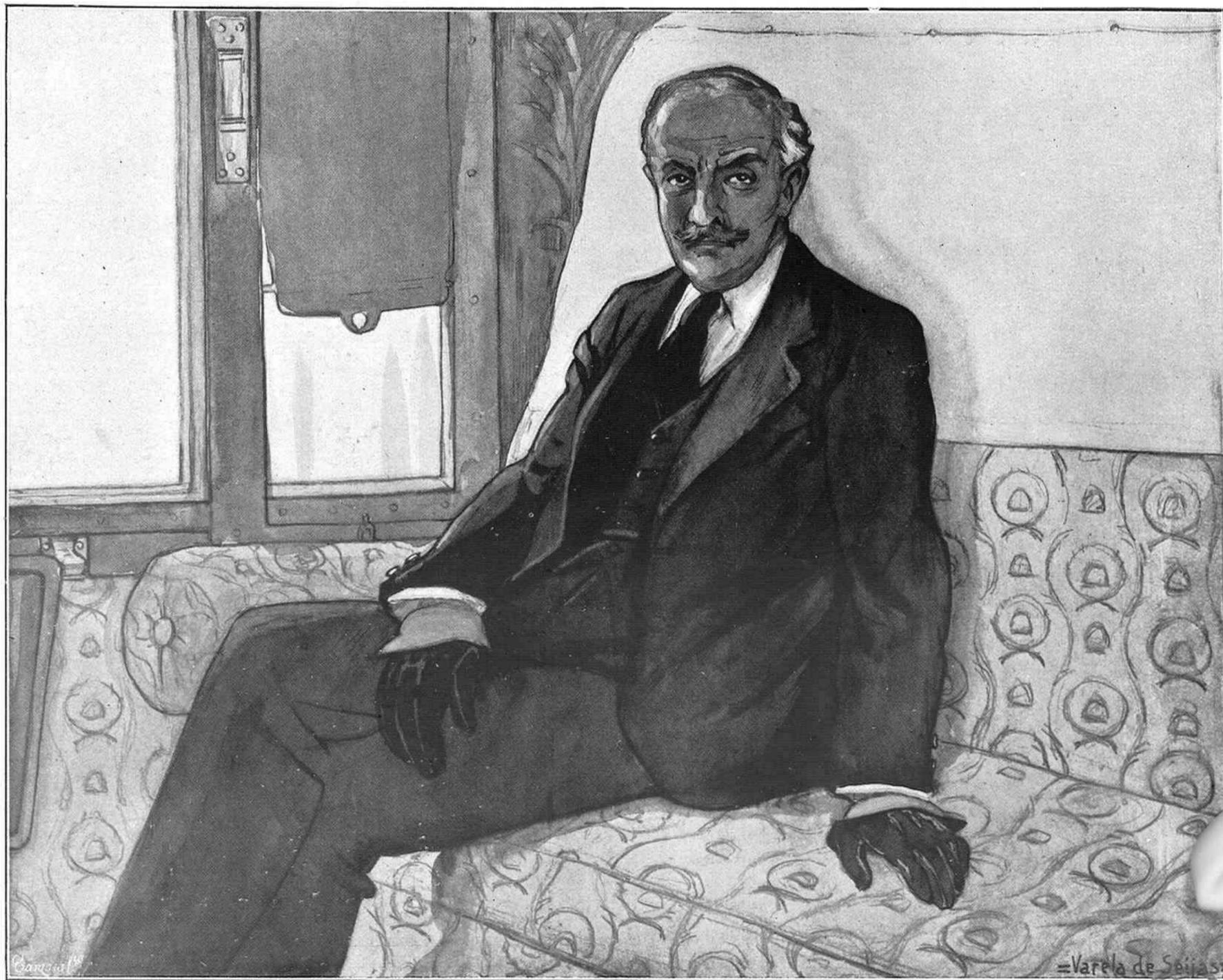




UN RINCÓN DEL DESPACHO DE D. RAMÓN DE MESONERO ROMANOS, QUE CONSERVAN, CON TODOS SUS DETALLES, LOS NIETOS DEL INSIGNE ESCRITOR MADRILEÑO

FOT. SALAZAR

BOLETA DE MADRID



CUENTOS ESPAÑOLES
EL PAQUETE DE CARTAS



UN mozo recorrió el andén clamando á voces la advertencia ritual, luego vibraron en el aire unas campanas, después á un agudo silbido respondió la bocina lejana y al fin, agotado ya el prolijo y ruidoso desconcierto que anuncia la salida de los trenes en España, jadeó la máquina en un gran esfuerzo y el tren comenzó á desmenuzarse lentamente sobre los rieles.

Alberto Ruiz alzó el cristal de la ventanilla, despojóse del gabán y del sombrero, los colocó sobre la redcilla, y se dejó caer sobre el asiento con un gesto desmayado de laxitud y de abandono. El paisaje que huía fijó un instante la mirada de sus ojos cansados que se perdían vagos, inquietos, en el techo de aquel departamento del *wagon-lit*.

Entre la mancha verde de los naranjos albeaban las barracas recién enjabelgadas, encendíase el oro de los frutos maduros, se abrían los jazmines sobre las acequias dormidas, y el sol levantino como un déspota, desde lo alto de su palacio azul, agarrotaba todas las cosas en el bochorno de la tarde sin brisa; eran de bronce los árboles lustrosos. Ruiz experimentó la sensación de que el tren iba á pararse, á quedar clavado en tierra con un rayo de sol.

Todo era agotamiento en él y fuera de él, su desgracia reciente, los viajes precipitados y las ceremonias obligadas habíale sumido en una especie de idiotéz, de inconsciencia, de la que comenzaba á salir ahora al verse solo, en reposo mientras el tren corría en busca de la estepa castellana para entrar luego, como de un brinco

absurdo de la desolación del yermo al tráfico de Madrid, una ciudad artificial á la que se llega sin tropezar con una sola avanzada civil, sino por salto del aduar á la urbe.

Alberto Ruiz ruborizóse espiritualmente al pensar que estaba más cansado que dolido: la muerte de su mujer, acaso por esperarla con gran antelación, no le había sobrecogido. Le había rendido aquel interminable peregrinar de clínica en balneario, de sanatorio en doctor, de climas cálidos á climas de altura, buscando siempre la salud para aquella mujercita flaca, amarillenta, que había sido para él una enojosa pesadilla. De tal modo se había acostumbrado á contemplar la doliente, que en muchas ocasiones deseó una liberación para ambos, aun á costa de la muerte, que había llegado al fin.

Un nuevo camino abríase en su vida y por cierto más halagüeño que el hasta entonces recorrido. Alberto Ruiz, hombre de escasa vida interior, para quien la calle, el casino y hasta su propio hogar eran siempre escenarios donde exhibirse ante los demás y ante sí mismo, no había podido amar jamás intensamente. Correcto, atildado en su vestir y en su trato, disponía siempre de un gesto y una frase amable, pero estas virtudes no le costaban sacrificio alguno, satisfacía con ellas su egotismo formidable.

Se había casado por vanidad y hasta por interés. Julia era entonces la maravilla de Valencia entera. «La rosa del Turia», la había llamado cierto almibarado cronista de salones que pretendió enamorarla. Alberto recordaba su lucha

con los cien rivales que adoraban á Julia, y recordaba también su triunfo, pero luego, una vez satisfecho el amor propio, poseída la linda muñequita, al año de su matrimonio, la enfermedad...

Alberto detuvo á su memoria. Si recordar es volver, no debemos volver jamás sino sobre lo alegre. Decididamente Julia había hecho bien en morirse, y para esta cruel afirmación mental buscó enseguida una justificación: su vida hubiera sido horrible, su enfermedad incurable.

Después de acompañar al cadáver hasta Valencia, póstumo capricho de Julia, era aquella la última vez que le zarandearía de un lado para otro. Ahora en Madrid con su hijita Amparo, la única, y que afortunadamente había heredado todo el vigor y la fortaleza del padre, no le daría que hacer, buscaría una señora de compañía que la llevase á todas partes, se mudaría de casa para ahuyentar todo recuerdo, y él podría consagrarse á su casino y á sus amigos; haría una vida tranquila y volvería á ser el de siempre, el hombre atento, mundano, correcto y amable. Miróse un momento al espejo que llevaba frente á su asiento, arreglóse el nudo de la corbata que se había aflojado, y pasó los dedos blandamente sobre sus sienés donde su pelo negro comenzaba á platear, como queriendo borrar aquellas canas.

ooo

Aún faltaba el epílogo de aquella sorda tragedia familiar. Era preciso cumplir hasta lo último la voluntad de Julia. Antes de trasladarse á

la nueva casa había querido Alberto revisar y ordenar todos sus papeles. Extraía varios sobres y legajos de los cajones de su mesa-ministro y los apilaba cuidadosamente sobre una butaca. Cuando hubo terminado esta labor, recordó algo que su mujer le había encarecido tenazmente en sus últimos momentos de lucidez mental. Dirigióse hacia un pequeño *secrétaire*, donde ella escribía, y allí en uno de los cajoncitos, entre antiguos retratos, estampas, devocionarios y alguna que otra novelita de la biblioteca *Mignon*, encontró un paquetito lacrado y ceñido con una cinta azul. ¿Qué contendría aquello?, pensó.—Alguna nueva y última ridiculez de la pobre impertinente. Deshizo el lazo, rasgó con las uñas los sellos de lacre y unos papeles amarillentos, á los que una tinta borrosa, por los años, daba el aspecto de los viejos pergaminos, cayeron en el suelo. Alberto quedóse quieto un instante sin atreverse á recogerlos. Experimentó entonces esa sensación de temor, de respeto al menos, que producen siempre las viejas cartas de los que ya no existen.

—Pero no, ¡qué tontería!... Julia había sido siempre una pobrecita ñoña incapaz de tener ninguna historia oculta. Aquello no podía ser la confesión póstuma de una traición tenebrosa. Y se inclinó á recoger aquellos papeles desparramados en la alfombra. Con una sombra de temor fijó la vista en uno de ellos y al punto reconoció su letra: «Encanto mío: Esta tarde voy...»

Estuvo á punto de reirse: aquella era en efecto una necedad pueril. ¿Para qué guardar aquellas cartas ridículas que se habían escrito durante su noviazgo? Y sintió el deseo de romperlas, de quemarlas, pero el respeto que infunde siempre la voluntad de los que han sido, le con-

tuvo

—¡Amparo! ¡Amparito!— clamó impaciente.

Cuando su hija hubo entrado silenciosa, enlutada, le pareció leer en aquel trajecito negro un reproche por lo que había pensado hacer:

—Toma este paquete y guárdalo. Tu madre me pidió que así lo hiciéramos. Ya me lo darás cuando nos hayamos mudado... ó sino, lo guardas tú... en fin, tómalo, es igual.

Amparito cogió el paquete que su padre le alargaba, lo envolvió cuidadosamente y salió de la silenciosa estancia con dos grandes lágrimas brillantes sobre el agua marina de sus ojos azules.

Alberto cogió el último de aquellos gruesos legajos que había apilado cuidadosamente.

En la cubierta había una orla con un escudo en el que se veía la balanza de Temis; debajo, unas grandes letras negras decían: «Escritura de Compra Venta de la Finca...»

Sentóse cuidadosamente frente á la mesa y se enfrascó en la lectura atenta de aquella prosa amazotada y notarial.

ooo

Alberto, mientras subía en el ascensor, iba planeando la actitud que debía observar ante su hija. Las palabras que aquella tarde le había dicho su amigo el Marqués de Alcor le preocupaban seriamente.—¿Sería posible que Amparo, su hija, estuviese al borde de un abismo, si es que aún no se había sepultado en él, afortunadamente! ¡Oh, el pensar lo volvía loco!— Amparito se había educado á su antojo; él enfrascado en sus negocios y en su vida fácil de casino, de exhibición y francachela, no pudo preocuparse de ella, la encomendó en manos de su institutriz la rubia miss Betsy; ya había hecho bastante. Entonces recordó á su mujer; tal vez si Julia viviera Amparito no correría peligros semejantes. De todas suertes, era preciso hablar con Amparo,

enterarse razonablemente, sin riñas ni desplantes. El no podía complicarse en un espionaje ridículo.

Confiaba en ella, fiaba en su obediencia, en su docilidad; sí, ella se lo confesaría todo. Alberto aun deseándola, temblaba involuntariamente al pensar en aquella confesión.

Cuando la criada le abrió la puerta, ya había entrado en situación; el absoluto dominio que poseía sobre sus nervios le daría el aplomo y la serenidad indispensables. Al despojarse de su abrigo en el recibidor, vió á Amparito que escribía en el despacho contiguo y que se levantaba para saludarle con un beso; él, cariñoso, afable, la acarició y la besó en la frente; luego, aparentando distracción, dirigióse hacia las vidrieras cerradas, á través de las cuales contempló un instante la calle luminosa, céntrica, inundada de gentes afanosas que se cruzaban raudas, de carrajes charolados, brillantes, bajo la luz de las ampollas eléctricas. Los vendedores de un diario vespertino llegaban en tropel, destacando

Amparito lloraba y entré lágrimas y sollozos confesó:

—Sí, ya te lo han contado ¿verdad? Ando ya en lenguas de las gentes y tú, mi padre, vienes á acusarme, á pedirme cuentas; ¡tú has creído lo que dicen!

Alberto se humanizó ante el sincero dolor de su hija.

—No, chiquilla, nada me han contado; únicamente me hablaron de una imprudencia.

—Sí, tienes razón, una imprudencia. Encontré á Manolo al salir de misa, se empeñó en acompañarme; cuando llegábamos á la calle de Sevilla comenzó á llover torrencialmente, y se empeñó en que tomase un coche: yo no quería, me negué, pero cedí al fin y vino conmigo hasta la puerta; me trajo en un coche del casino. Pero no te apures, no ocurrirá más, porque yo no quiero. Mira la carta que le he escrito; la he copiado de una de mamá.

Alberto se estremeció al escuchar las últimas palabras de su hija, y vió que, en efecto, sobre



sobre el sordo murmullo de la calle el agudo clarín de sus pregones.

Amparito continuaba escribiendo, inclinado su hermoso busto sobre la carpeta de piel verde. Alberto, entornando un poco los ojos, la veía reflejada en el cristal del balcón, etérea, sutil, como meciéndose en el aire sobre la calle ruidosa, ajena á todo aquel bullicio, ensimismada en su labor.

Volvióse Alberto hacia ella, y aparentando indiferencia, preguntó:

—¿A quién escribes?

—A Manolo—respondió Amparito, sin inmutarse. Alberto tenía prevista la respuesta de su hija, pero aquella decisión desusada en ella, que siempre usaba circunloquios para nombrar al novio, le desconcertó.

—No sé para qué le escribes; os pasáis todo el día juntos desde por la mañana hasta...

No pudo continuar. Amparito, roja como la grana, irguióse, llena de indignación y le interrumpió:

—¿Cómo dices eso? Bien sabes que por las mañanas no salgo más que á misa y no á diario. Alberto, frío, tranquilo, dejó caer las palabras acusadoras:

—Sí, bien, pero el otro día, el viernes, á las doce, fuisteis...

la mesa de escritorio se encontraba, casi terminada, la carta que Amparito escribía, y al lado, desenvuelto, aquel paquetito de cartas amarillentas, borrosas, escritas por la mano de la muerta en los días lejanos de la ilusión y del amor.

Alberto leyó el borrador de su hija y recordó: «No vengas á mí por senderos ocultos, Alberto, yo te quiero á la luz del Sol, espera. Ese paseo que me propones no puedo aceptarlo, no es que desconfie de ti...»

Alberto no pudo seguir leyendo; la imagen de Julia, virgen, prudente, vino á sus ojos llena de vida, con esa plasticidad luminosa de los viejos recuerdos, que á veces se levantan como un fantasma, en lo remoto de nuestra vida.

Sentíase avergonzado ante su hija, había llegado dispuesto á censurar el proceder del novio de Amparito, y resultaba incurso en el mismo delito. Amparito, discreta, escondía en sus manos la vieja carta de su padre que motivó aquella respuesta, pero á Alberto le bastaba con aquel reproche de su mujer, la inútil, la impertinente, que aún servía para salvar á su hija, desde más allá de la muerte.

ARMANDO DE LAS ALAS PUMARIÑO

HIJO DE VARELA DE SEIJAS

LIBRERÍA MADRID

LA INFANCIA DEL DOLOR



El Rey de Roma, hijo de Napoleón I y de la Emperatriz María Luisa, archiduquesa de Austria

Napoleón II, Rey de Roma y duque de Reichstadt

La revolución francesa tan comentada favorable ó adversamente por los escritores, produjo en aquellos tiempos un cambio radical en la nobleza francesa. La aristocracia de abolengo sacrificada en la guillotina por los Robespierre y Marat fué sustituida por los adventizos, los nobles de reciente creación y de estirpe dudosa. No por obscuro que fuera su origen son menos dignos de tenerse en cuenta; es, en efecto extraordinario mérito, el de aquellos pobres miserables, los célebres «descamisados», convirtiéndose en ilustres generales y brillantes estadistas que hacen á su patria, la democrática Francia, dueña de media Europa, por las armas, mientras en el aspecto intelectual su influencia irradia universalmente como faro luminoso del progreso.

La figura insigne de Napoleón, que salió de Córcega, y á modo de inmenso volcán en erupción, produjo la alarma y el pánico en las apacibles Cortes europeas, fué acompañada en su gloriosa carrera por la no menos admirable figura de su esposa, la Emperatriz Josefina, también de humilde origen y nacida igualmente en una isla: en la Martinica francesa.

Su padre, teniente de artillería, formaba parte de la guarnición en aquella colonia francesa, y la joven Josefina, educada según los preceptos religiosos y austeros de la época, contrajo á muy temprana edad, primeras nupcias, con el vizconde Alejandro Beauharnais. Tenía diez y seis años y su extraordinaria belleza era encanto de cuantos la rodeaban. Esbelta figura, bellísimos ojos, atercio-

pelada tez y unos brazos deliciosamente torneados, voz melodiosa y gusto exquisito para la música.

Matrimonio muy desigual de edades, fué la felicidad muy efímera en el hogar conyugal. El vizconde, viejo y achacoso, pronto sintió la terrible tortura de los celos. Luego fué el divorcio y la separación. Nacieron de este matrimonio dos hijos, Eugenio y Hortensia Beauharnais, que posteriormente fueron reyes de Italia y de Holanda. Al calor del amor filial renació el afecto mútuo. De las relaciones cordiales surgió el deseo de la reconciliación, y ésta llegó á ser completa, celebrándose espléndidas fiestas á las que concurrió lo más selecto del mundo parisien.

Poco duró el pasajero esplendor del vizconde de Beauharnais; á poco estalló la triunfante Revolución, y la cabeza del aristócrata fué de las primeras sacrificadas para apagar la sed de sangre de las enfurecidas masas jacobinas. La

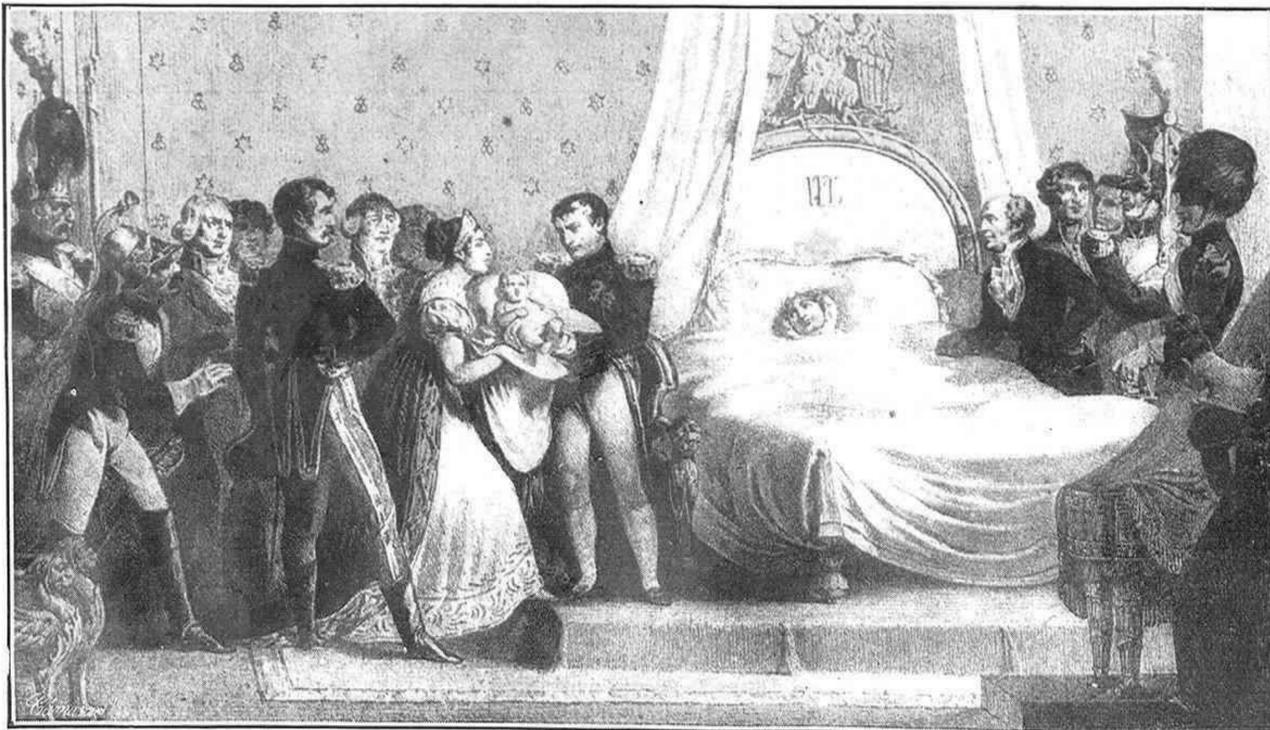
muerte del vizconde arrastró á la miseria á Josefina.

En la flor de la juventud y en el apogeo de su belleza resolvió visitar á Bonaparte, entonces primer cónsul, para pedirle protección. Quedó prendado el ya famoso general de la que solicitaba su amparo. Poco tiempo después celebraba su enlace con ella.

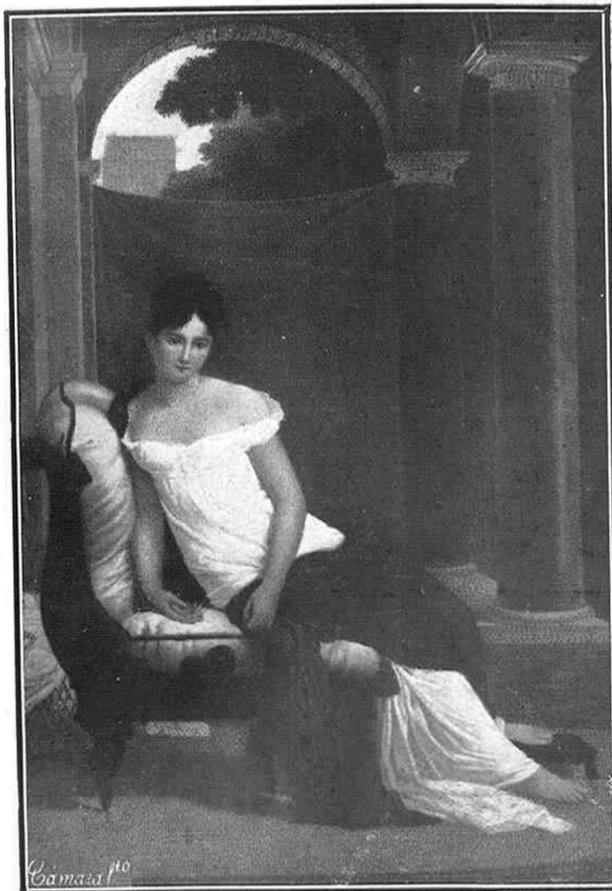
A los doce días de casados, la Convención Nacional demandaba los servicios de Napoleón y le confiaba el mando supremo de las fuerzas que operaban en Italia.

La elevada posición de Josefina, como esposa del primer magistrado de Francia, le granjeó las voluntades de todos los compatriotas; y las recepciones tenidas en sus salones eran las más suntuosas que por entonces se celebraban. Sólo madame Récamier, la esposa del célebre banquero, rivalizaba en lujo y ostentación con la futura Emperatriz. Los grandes generales, los políticos famosos, los sagaces diplomáticos, los literatos, y cuanto había de preeminente en la ciudad del placer asistía á las reuniones, fiel reflejo de las que hicieron famosas los livianos personajes de las Cortes de Luis XV y Luis XIV. A la Maintenon, á la Du Barry y otras favoritas de los monarcas, sucedieron madame de Stael, madame Récamier y otras belldades célebres que, con ingenio refinado, comentaban los grandes éxitos del día, las decisivas victorias de los generales franceses y las medidas represivas de la Convención.

Bonaparte, en el apogeo de su fama y convencido por sus deudas de la necesidad de procla-



Nacimiento del Rey de Roma, en el Palacio de las Tullerías, el 20 de Marzo de 1811



Madame Recamier, esposa del célebre banquero y gran dama de la corte del primer Imperio



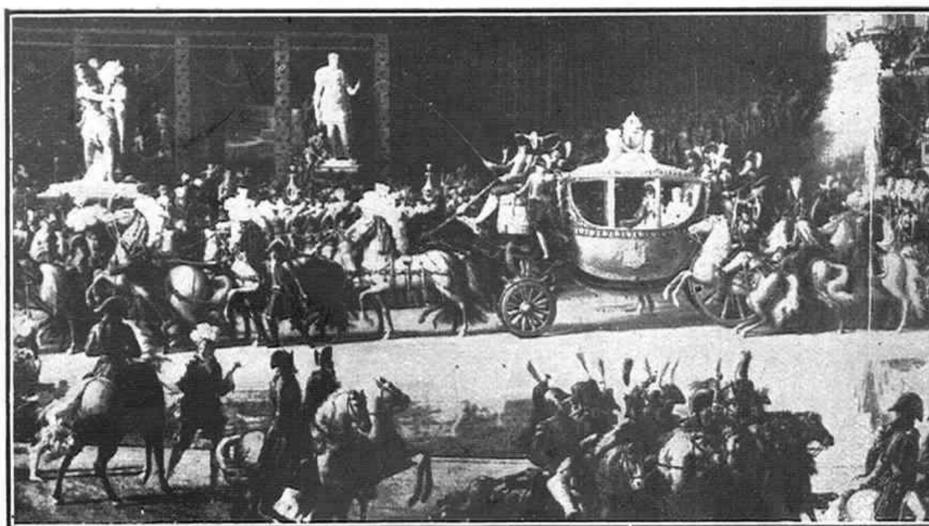
María Luisa, Emperatriz de los franceses, segunda esposa de Napoleón I



Napoleón persuadiendo a la Emperatriz Josefina de la necesidad de proceder al divorcio por razón de Estado

marse Emperador y hallar digna esposa que ocupara tal cargo, no se resolvió nunca a prescindir de Josefina y con ella ciñó la corona solemnemente en la Basílica de Nuestra Señora de París. Sólo cuando vió que su intensa labor de guerrero y los óptimos frutos que sus conquistas le proporcionaban no tenían legítimo heredero, tomó el acuerdo de separarse de su esposa. Con extrema ternura y un cariño extraño en quien nada tenía de sentimental, comunicó a Josefina su propósito. Hacía tiempo que la sagaz Emperatriz sospechaba lo que iba a suceder. No obstante fué para ella golpe mortal. Quien nunca se opuso a las ideas e iniciativas del ser amado, rechazó entonces la humillación suprema, obligando al Emperador a medidas extremas, como en la que ordenara al Papa Pío VII la aprobación de su divorcio con Josefina.

Diez años antes el afecto de Bonaparte por su esposa era la nota saliente en su historia de héroe republicano. En cierta ocasión madame de Stael se burló de su fidelidad conyugal, preguntándole si en su corazón no hallaba albergue el amor a las mujeres. «Sólo amo a la mía», fué la contestación de Bo-



Napoleón I y María Luisa de Austria, dirigiéndose a Nuestra Señora de París a recibir la bendición nupcial

naparte, respuesta digna de Epaminondas, el austero general griego.

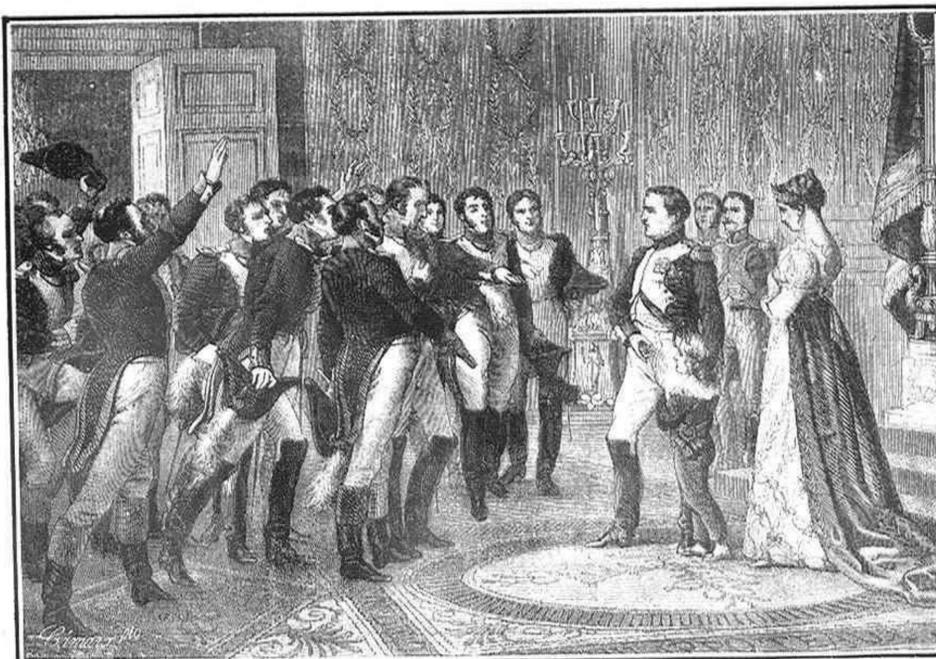
Acordado el divorcio, celebra Napoleón su enlace con la archiduquesa María Luisa de Austria. Tuvo lugar tan señalado acontecimiento el día 20 de Marzo de 1810. Al año veía Napoleón realizado su anhelo. La emperatriz daba a luz en las Tullerías un niño, que recibió a la hora de nacer el título de *Rey de Roma*, título con que se designaba a los herederos de la Corona en el antiguo imperio de Roma. Francia había vuelto ya a ser tan monárquica como en los gloriosos días de Versalles.

Después de Waterlón y de la deportación de Napoleón a Santa Elena, en donde espiraba el 5 de Mayo de 1821, fué considerado por los bonapartistas como el pretendiente a la corona de Francia. Pero pronto, la suerte les fué adversa. El joven príncipe, atacado de tisis en la laringe, languidecía en Schönbrunn, cerca de Viena, junto a su venerable abuelo, el emperador Francisco I de Austria, en cuya corte residió después de la caída de su padre, y en donde falleció el 22 de Julio de 1832.

PEDRO MUIR



El vizconde Alejandro de Beauharnais, primer esposo de la Emperatriz Josefina, la cual casó en segundas nupcias con Napoleón el Grande



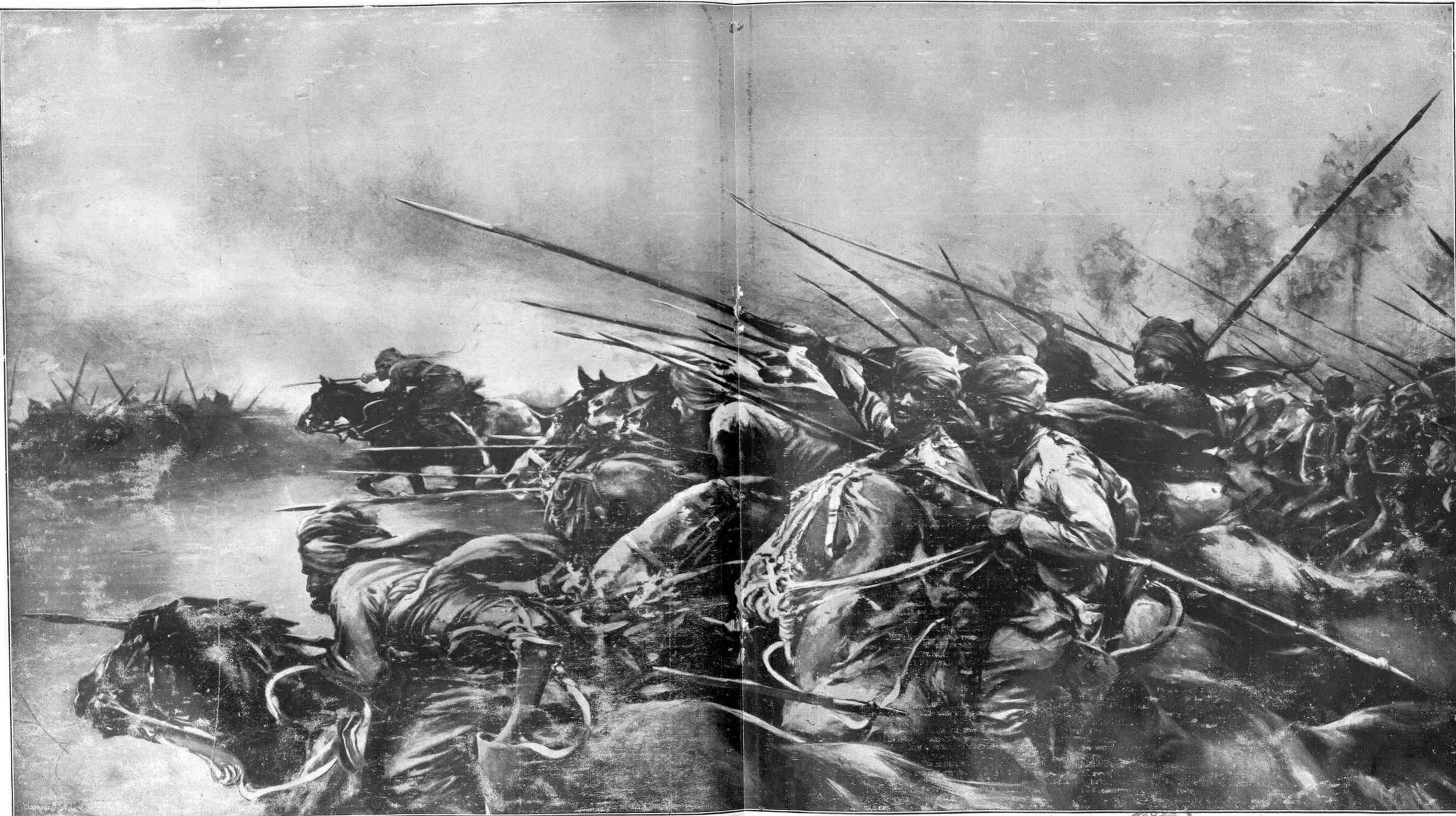
Napoleón I confiando a su guardia imperial el cuidado de su hijo, el Rey de Roma, el día antes de Waterlón



La Emperatriz Josefina Beauharnais, desposada en primeras nupcias con el vizconde de Beauharnais y posteriormente esposa de Napoleón I

NEO
MAY

LAS TROPAS COLONIALES INGLESAS EN LA BATALLA DE DIXMUDE



Terrible carga de los lanceros de Bengala, con la que lograron romper las líneas alemanas sobre el Yser

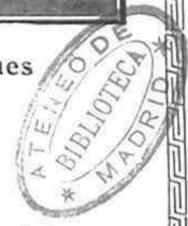
VENECIA
BIBLIOTECA
MUSEO

HORRORES DE LA GUERRA



Vista general del destrozo causado en las viejas ruinas de la Abadía de Whitby, por el bombardeo de los cruceros alemanes

LOS ESPECTROS DE PIEDRA



La fuerza brutal, hablando con su fuego y su plomo, hace callar á los idealismos del mundo. El rayo de la idea se apaga en la rabiosa claridad del fogonazo, como el blando suspiro se extingue en la seca y dominadora detonación; el hombre atávico engañado por una civilización ficticia, rie tembloroso mientras destruye; y es tanta y tan refinada su crueldad que, si por un alarde prodigioso del poder divino, se hiciera sentir á los cañones la consciencia que los seres humanos pierden, veríamos á las cureñas doblarse y quedar de rodillas, mientras los hombres permanecían en pie y amenazando con el puño.

Y, sin embargo, hay cosas que tienen su defensa y escudo en su misma inmovilidad y en su falta de protección; monumentos que imploran la piedad ajena valiéndose del elocuente lenguaje de su arquitectura, con sus trazos y signos, y frunces, y relieves, caracteres expresivos del glorioso testamento de la antigüedad que nos hablan de respeto y veneración; vetustos códices de piedra con letras de florones, y de torres y agujas, y volutas, y capiteles, y ábsides, tabernáculos que recogen y cierran el santo misterio; muros renegridos por el espeso sudor de los años y el aliento de las plegarias, pulidos por el roce de las generaciones que se alejan, llevándose sus locuras y desaciertos; atrios artísticos donde aparece petrificada la penitencia en las gastadas esculturas de obispos y de fundadores; volados aleros, donde recorta su hado de dulce claridad la luna azul, que es la lámpara de los sepulcros.

Entre el volcán de los combates, la catedral no se recata ni se esconde en la lobreguez de la barriada que la circunda, alzándose valientemente

como un augusto símbolo de paz, revestida con su lujosa copa recargada de rosetones, mostrando sus cíngulos de granito, labrados por la inspiración de mil genios, espiando con su espíritu vigilante tras de las celosías de sus campanarios la tregua bienhechora, surgiendo como una evocación de santo estoicismo entre la tempestad de las batallas, y ofreciendo al beso brutal de los proyectiles su pecho sin defensa, fénix de jaspes y mármoles que el hierro no puede abatir.

Es la iglesia de Dios, pero es también jalón y punto de mira y objetivo del ansia conquistadora, por ser la riqueza mayor del pueblo que resiste, y por ella, sobre la escultura y en el arco tropiezan y se hunden las bombas con fiero empujón, y en las techumbres de maderas preciosas crepita un haz de llamas, manos de fuego que se tienden á Dios demandando el castigo, y las cúpulas se hunden con pavoroso estruendo sobre las frías losas, y se deforman las ojivas y caen en menudos fragmentos los cristales policromos, y los cuadros que fueron el orgullo de todas las épocas y la gloria de los artistas, se desgajan y rompen con quejumbrosa resignación, y azotan el aire tenebroso las columnas, y ruedan las imágenes, y flamea el coro como un áscua de púrpura, haciendo brillar intensamente, á modo de postrera ilusión, el oro de los altares y de las molduras; pero cuando pasa la ola viviente de criaturas locas que incendian y matan, haciendo cundir el espanto y propagando la profanación, y el humo se extingue, aún queda en pie la venerable fábrica, siempre templo augusto y hogar de silencio y cenáculo de la divinidad.

La opulenta carne y las riquísimas vestiduras

desaparecieron bajo la contráctil garra de la contienda, pero el esqueleto sigue contemplando con su muda tranquilidad el lugar de la lucha, y llorando neblina triste por sus arcos sin luz parece que ora sobre las ruinas del pueblo ayer próspero y fuerte, prestando atención á los rumores que ya no sonarán; al áspero rugir de las máquinas de la industria; al altisono vocear de las multitudes; al jadeo de un tren; al holgorio de sus propias campanas, que ponían sobre el blando tapiz del aire el regalo de su alegre sonido.

Queda el espectro bienhechor; el santo fantasma bendiciendo todavía con sus muñones de pilares rotos, con sus piedras medio desprendidas, aquellos restos de tragedia. El mal se ha cebado en las viejas glorias del mundo. Los hombres que quedan, colocarán remiendos de labradas piedras en las brechas que abrieron los cañones, pero la vetusta catedral, la legendaria basílica y el templo derruido no volverán á ser lo que fueron: un legado de las grandes épocas con un secreto misterioso como el reloj del ginebrino; con un alma que hizo volar un mortero por el desportillado muro; ni los sillones se engastarán otra vez en sus antiguos lechos, ni en sus macizas basas las columnas, ni los escoplos que batieron los mármoles volverán á trazar sobre ellos luminosas cisuras en los bajos relieves, ni los hombres acostumbrados á manejar el cierre del cañón podrán mover con la delicadeza que exige el arte, cinceles y buriles. Las ciudades arruinadas renacerán más bellas, pero, las catedrales no. Quedarán como ennegrecidos fantasmas, para remordimiento de la Historia que nada enseña y para desesperación de los hombres que nada saben conservar.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

LOS TEMPLOS DESTRUIDOS



BIBLIOTECA
MADRID

LA FAMOSA ABADÍA DE WHITBY (SIGLO XV), CUYOS RESTOS DESTRUYÓ EL RECIENTE BOMBARDEO DE LAS COSTAS INGLÉSAS POR LA ESCUADRA ALEMANA

FOT. ALPIERI

LA GUERRA Y LA CARICATURA



En la cervecería berlinesa

—Tengo á Bélgica por una monstruosidad de la política, y en cuanto á la nacionalidad belga, no logro verla despojada de cierto matiz cómico
(Del *Telegraaf*, de Amsterdam.)

EN uno de los últimos números de LA ESFERA, al comentar varias caricaturas alemanas, inglesas y austriacas, indicamos el silencio de Francia. Los artistas habían dejado los lápices por los fusiles. Era demasiado terrible el estado de Francia para reír cuando su enemiga de siempre parecía imponerle derrotas muy difíciles de borrar.

Pero el tiempo pasa y Francia, poco á poco, recobra su *gauloiserie*. El espíritu de Gravoche vuelve á brincar sobre las minas humeantes y cruzan en el aire rasgado por los proyectiles, las palabras de Voltaire: «Todo en Francia acaba en canciones».

Canciones de Berángier, himnos que son eco del clarín de Devouledé y cuplés picarecosos, frívolos, de Cabaret.

Rouget de l'Isle y Mayol se dan la mano. Junto á la heroica gallardía, el gesto burlón y la ingeniosa réplica.

Estos dos aspectos son los que caracterizan la caricatura francesa durante la guerra actual. Han ido reapareciendo los semanarios satíricos; se han creado otros nuevos; todos los días se publican nuevas series de tarjetas postales y en ellas sustituyen á los lápices toscos, á las groseras inspiraciones anónimas de los primeros momentos, las gentiles siluetas de Préjelan y Fabiano, las nerviosas y ágiles figuras de Villette, los regocijados personajes de Abel Faibre; y Guillaume olvida sus cocotas y sus galanes un poco cursis para reflejar únicamente la vida de los campos de batalla... Y siempre rien. Rien confiados en la victoria definitiva; cambian las balas de morteros alemanes por paquetes de bombones; se ofrecen como regalos de año nuevo cestitas con lazos tricolores y dentro de ellas una muñeca vestida de alsaciana; y á veces, románticos,— con romanticismo de Mimi Pinson— envían corazones alados que marchan desde el hogar al fondo de una trinchera.

Esto es de tal



—;Eh, compadre, á ver si te equivocas de borceguías!... Ya sabes: el tabaco para nosotros y el cólera para los del casco puntiagudo.—(De *Le Rire*)



La inocencia atropellada

El alemán.—¡Quién habrá que no compadezca á esa pobrecita Turquía, viéndola atacada por Rusia tan injustamente como agredió á Alemania
(Del *Telegraaf*, de Amsterdam.)

domina sobre todos los demás ideales y todas las energías de la patria.

No importa que *Le Rire* lleve ahora el subtítulo *rouge*. Este rojo de sangre está sólo en el color del subtítulo. Abrís las páginas y sonreís en todas. Ved ese soldado que desde el fondo de una trinchera solicita al padre «Noel» un paquete de tabaco y el cólera para sus enemigos. Ved la graciosa y decorativa caricatura de Paulkribe en *Le Mot*, titulada *La marcha sobre París*.

Le Mot es un periódico recién nacido. Pero á su tercer número ya ha logrado la popularidad. Su única nota envenenada de odio ha sido la caricatura de *Sem* referente al Kronprinz. *Sem* es de las primeras reputaciones satíricas de Francia. Y sin embargo, esta caricatura personal del hijo de Guillermo II está *vista* en una fotografía. El dibujante no ha necesitado demostrar sus condiciones simplificativas. El natural le ha dado todo hecho.

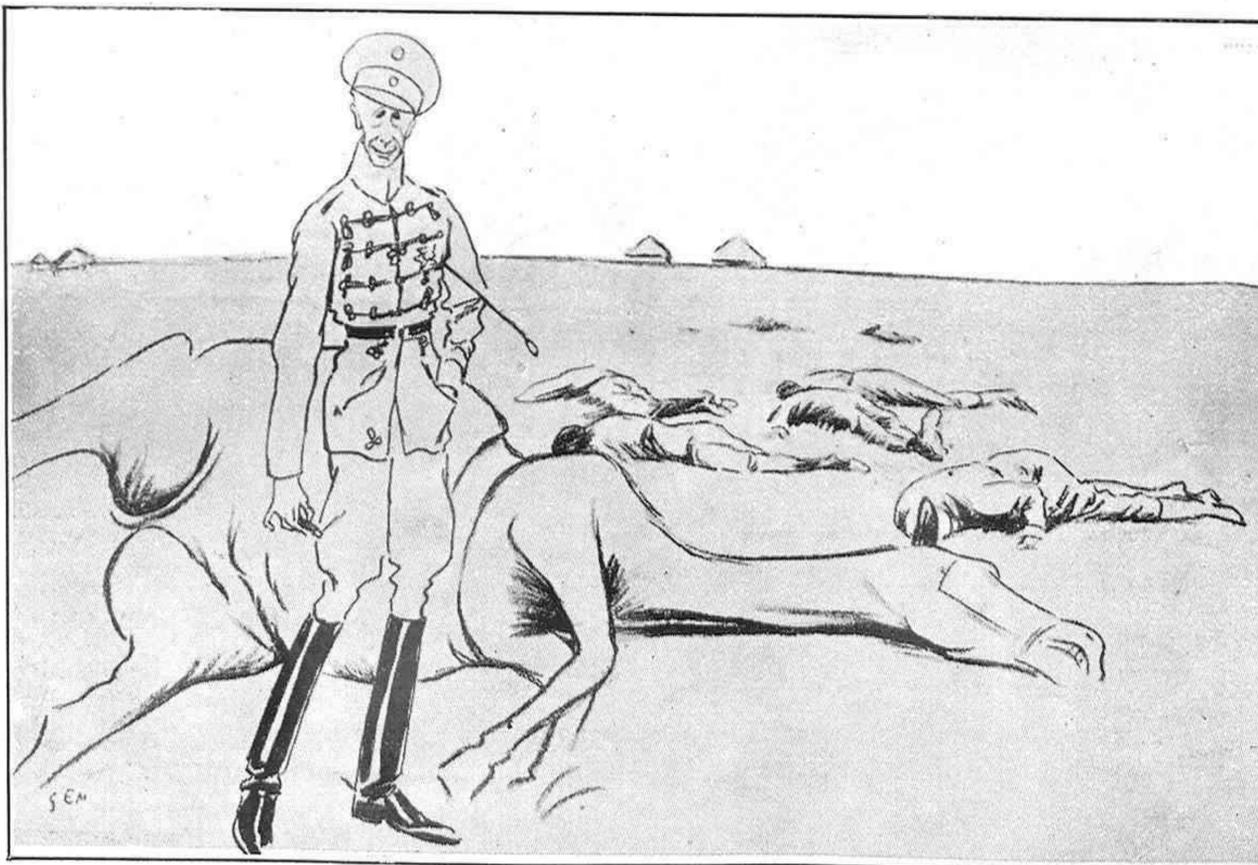
Esta falta de odio en Francia se ve más palpable aún en la publicación *L'Europe antiprusienne*. Holanda, Inglaterra, Italia, los Estados Unidos, van más allá de Francia en los ataques á Alemania.

Las caricaturas yanquis son duras y mortificantes para los alemanes.

Pero Alemania desde sus semanarios satíricos tan admirables, tan prodigiosos de belleza y de energía expresiva, *Simplicissimus*, *Jugend*, *Ulk*, *Megendorfer Blätter*, continúan atacando á Rusia y á Inglaterra. A Rusia le responde enconada y vibrante; á Inglaterra contesta con donosas burlas á las burlas donosas de Inglaterra.

¿Y á Francia? A Francia, no.

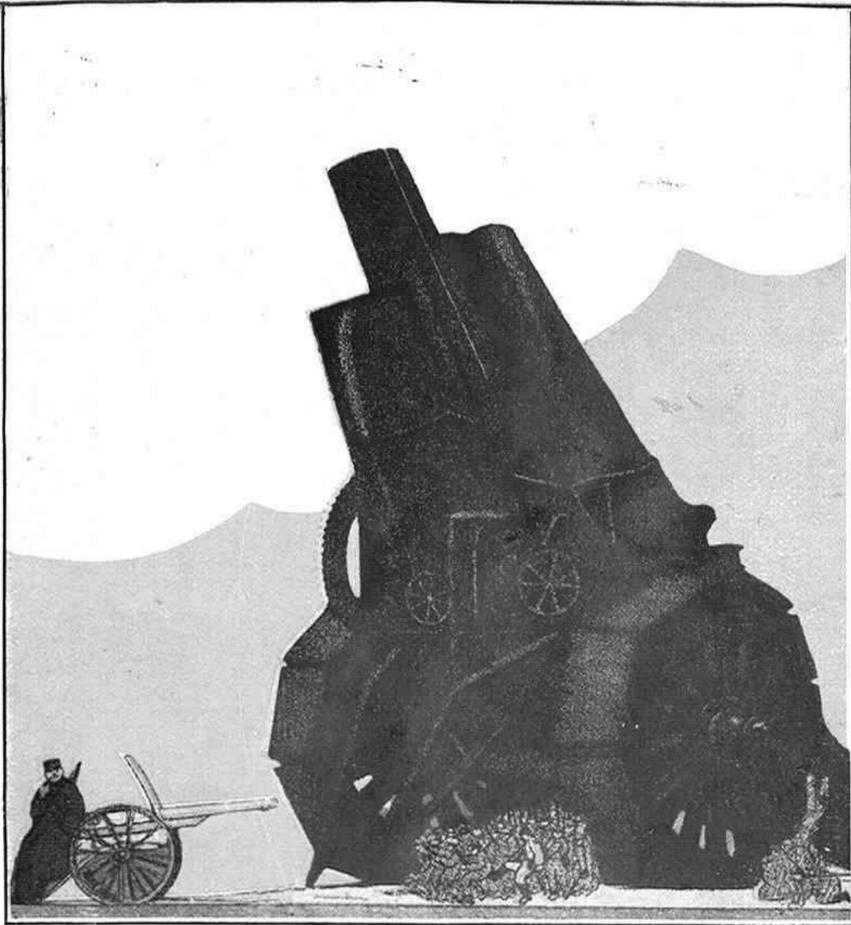
Lo que surge claramente de las notas diplomáticas, de las crónicas periodísticas, de las críticas militares, empieza también á surgir de los dibujos humorísticos: la guerra actual es sólo el duelo comercial entre Alemania é Inglaterra.



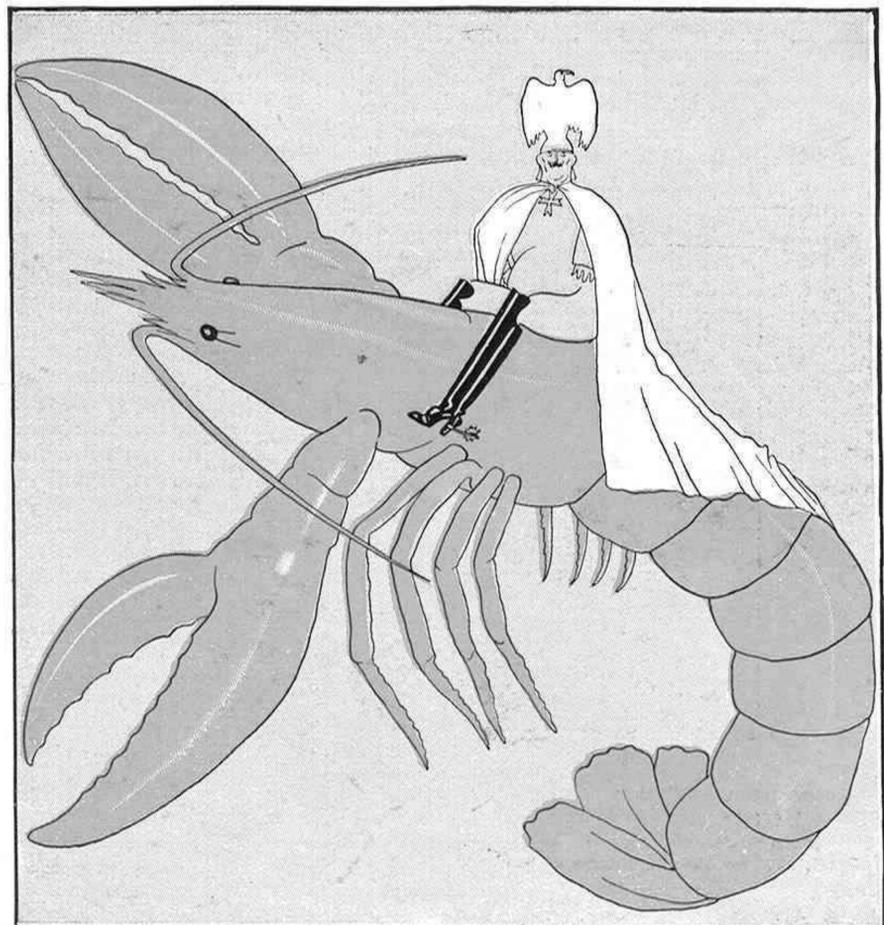
EL FRACASADO

“Después de la batalla del Marne se contaron más de 80.000 cadáveres alemanes”—(Caricatura francesa de *Le Mot*, París)





DAVID Y GOLIATH
(Caricatura francesa de *Le Mot*, París)



LA MARCHA SOBRE PARÍS
(Caricatura francesa de *Le Mot*, París)

Portugal también interviene en esta lucha donde se mezclan el odio y la amargura, con el ingenio y la burla.

Pero Portugal, naturalmente, inspira á todos sus dibujantes el criterio inglés, mortificante para Alemania.

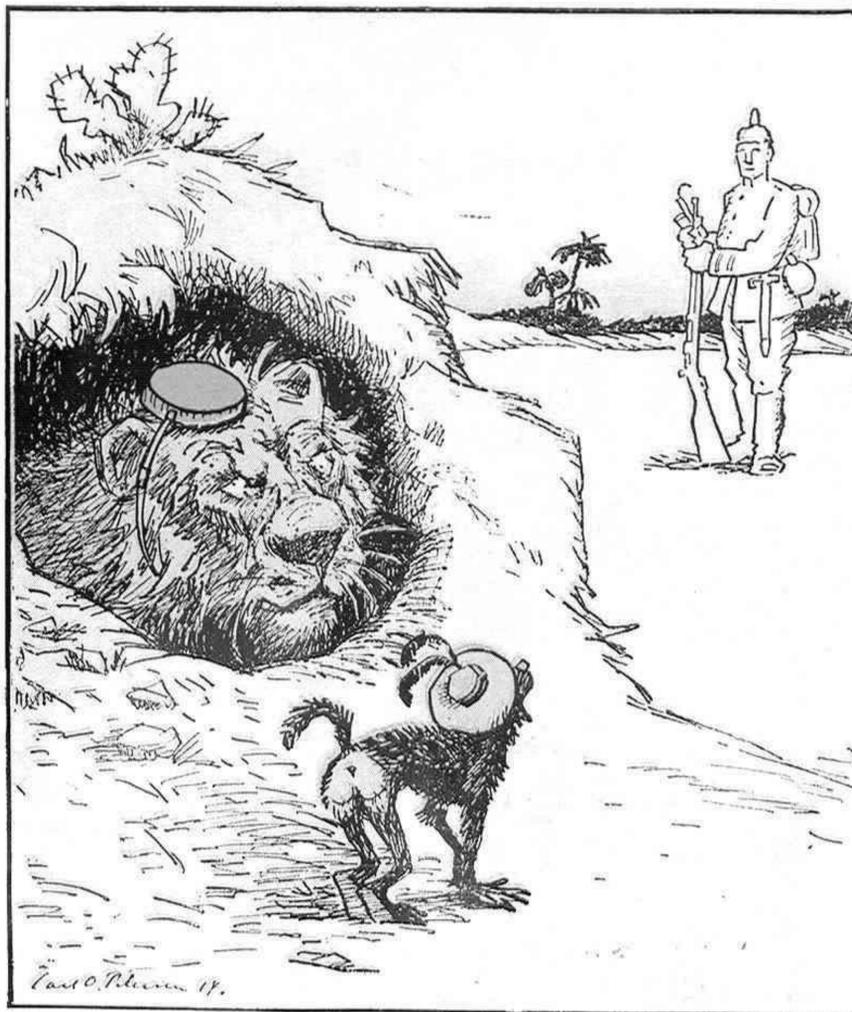
El periódico *O Zé*, de Lisboa, es una constante apología de la *flema* británica, de las excepcionales condiciones de moralidad política, de amor á la libertad que caracterizan según los lusitanos, á los enemigos más claros de Alemania, y en cam-

bio atacan sin descanso el militarismo germánico y evocan las siluetas de los hombres cubiertos de pieles sangrientas y armados con hachas de *silex* para avanzar en hordas trágicas sobre los países civilizados. También es curioso desde el punto de vista de la psicología nacional, ver cómo asoman en estas caricaturas portuguesas la enfática bravura, la pomposa palabrería que no respeta á veces ni aun á nosotros los españoles.

SILVIO LAGO



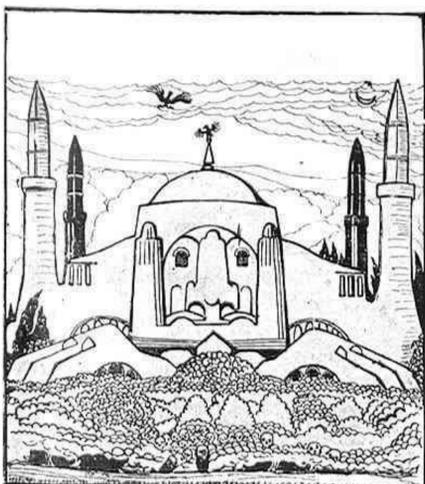
EN JAPÓN
EL INGLÉS.— Enséñame tus campamentos para la concentración alemana.
EL JAPONÉS.— No en todo puedo seguir tus costumbres, amigo mío.
(Del *Lustige Blätter*, de Munich)



El león inglés al mono portugués:
— Anda, Portugal, atrévete con él mientras yo me entretengo rugiendo.
(Caricatura alemana del *Ullk*, Berlín.)



UN VEJETE APURADO
Siguiendo el ejemplo de su aliado, el decrepito Emperador no tiene más remedio que buscar la defensa de los niños de pecho
(Del *O zé*, de Lisboa)



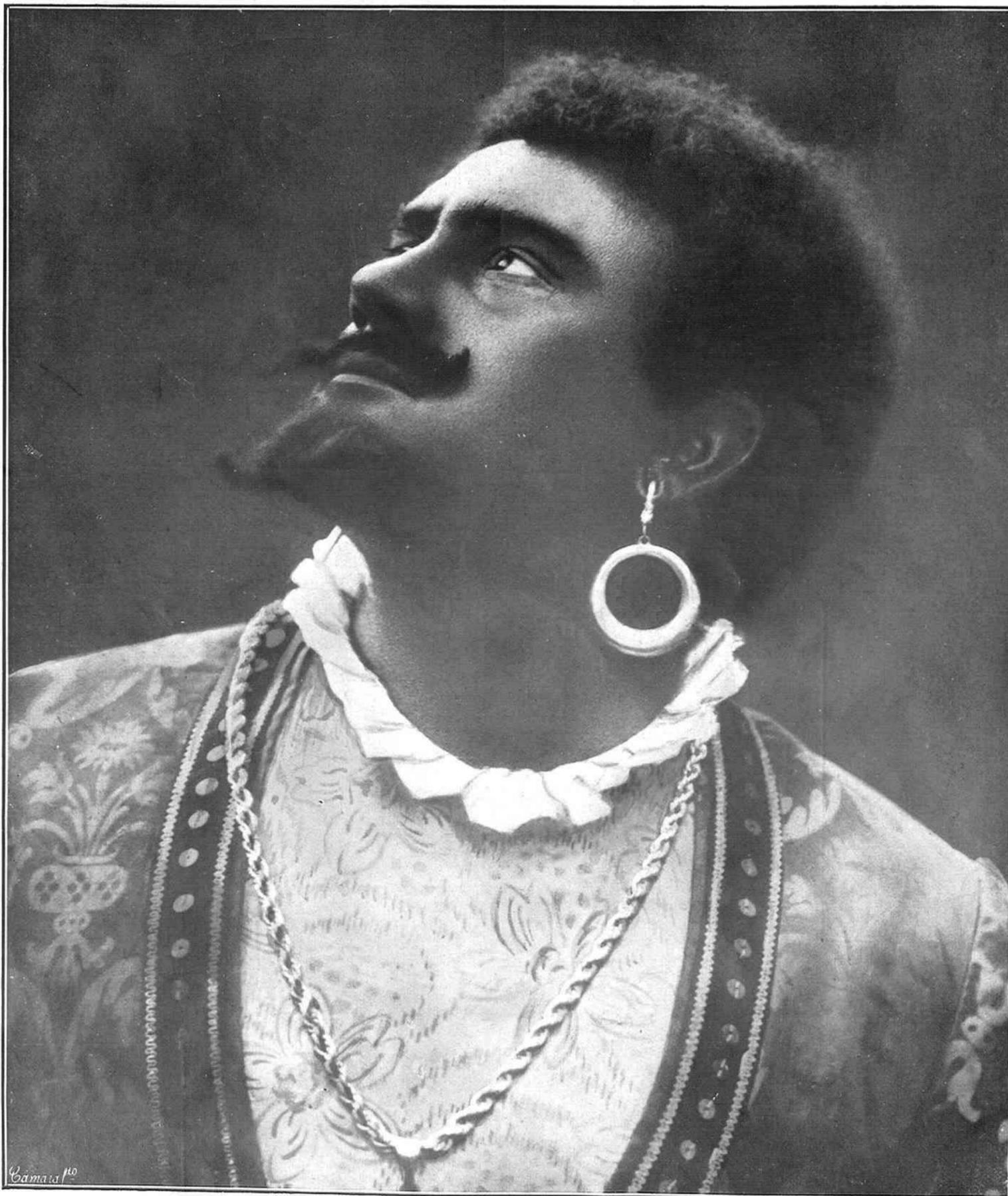
La revolución de la arquitectura prasiánica en Oriente
La nueva Santa Soffa de Constantinopla.
(Caricatura italiana publicada en el semanario *Numero*, de Turín.)



— ¡Ten valor, Colás mío! Piensa que los alemanes alimentan bien á nuestros soldados para que estén fuertes cuando tengamos que defendernos contra la revolución.
(Del *Simplicissimus*, Munich.)

ATENE DE BIBLIOTECA MADRID

FIGURAS DEL TEATRO REAL



ICILIO CALLEJA

EL notabilísimo tenor Icilio Calleja, nació en Corfú el 25 de Junio de 1882. Tiene el título de abogado, doctorándose por la Universidad de París, pero sintiéndose atraído hacia el arte lírico, abandonó la toga dedicándose por completo al teatro, debutando en la Scala de Milán el 7 de Marzo de 1907, con la ópera Wally, bajo la dirección del maestro Toscanini.

Desde la citada fecha, el tenor señor Calleja, ha trabajado en los principales teatros de Italia y de América del Norte, formando parte de la gran Compañía Andrea Dippel, durante cuatro meses, recorriendo en este tiempo las más po-

pulosas ciudades de los Estados Unidos y teniendo por compañeros a Titta Ruffo, Sammarco y otras celebridades.

De regreso a Italia fué llamado telegráficamente por el maestro Wolf-Ferrari para estrenar la ópera *Gecelli della Madonna*, en Génova.

Los maestros Mingardi y Serafín le encargaron de la interpretación de *Otelo*, durante 17 representaciones, en la Scala, recibiendo estruendosas ovaciones con la creación del personaje que representaba. Lo propio ha ocurrido en Madrid, cuando el tenor, señor Calleja, ha representado la inspirada obra de Verdi, cuyo prota-

gonista ha sido, sin duda, de lo mejor que se ha visto y oído en España.

Por causa de diferencias de sueldo no ha aceptado unos contratos que se le ofrecían para América del Sur, y de la misma manera ha anulado un contrato que tenía para hacer 10 representaciones de *Otelo* en Trieste, por causa de la guerra actual.

Además de *Otelo*, el tenor Calleja ha hecho en el Teatro Real *Norma*, en unión de las señoritas Capella y Anitúa, siendo sinceramente aplaudido por el auditorio, pero la ópera favorita de este renombrado tenor es *Sansón y Dalila*.



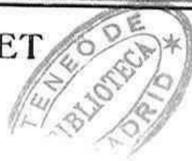
LA ESFERA

TIPOS PARISIENSES

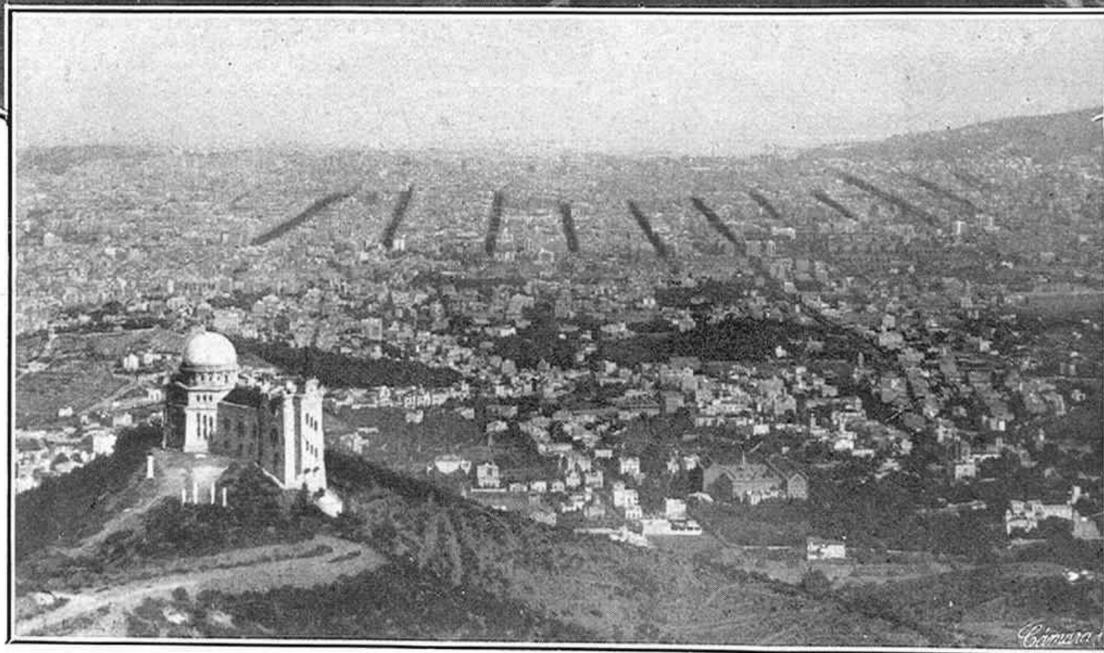
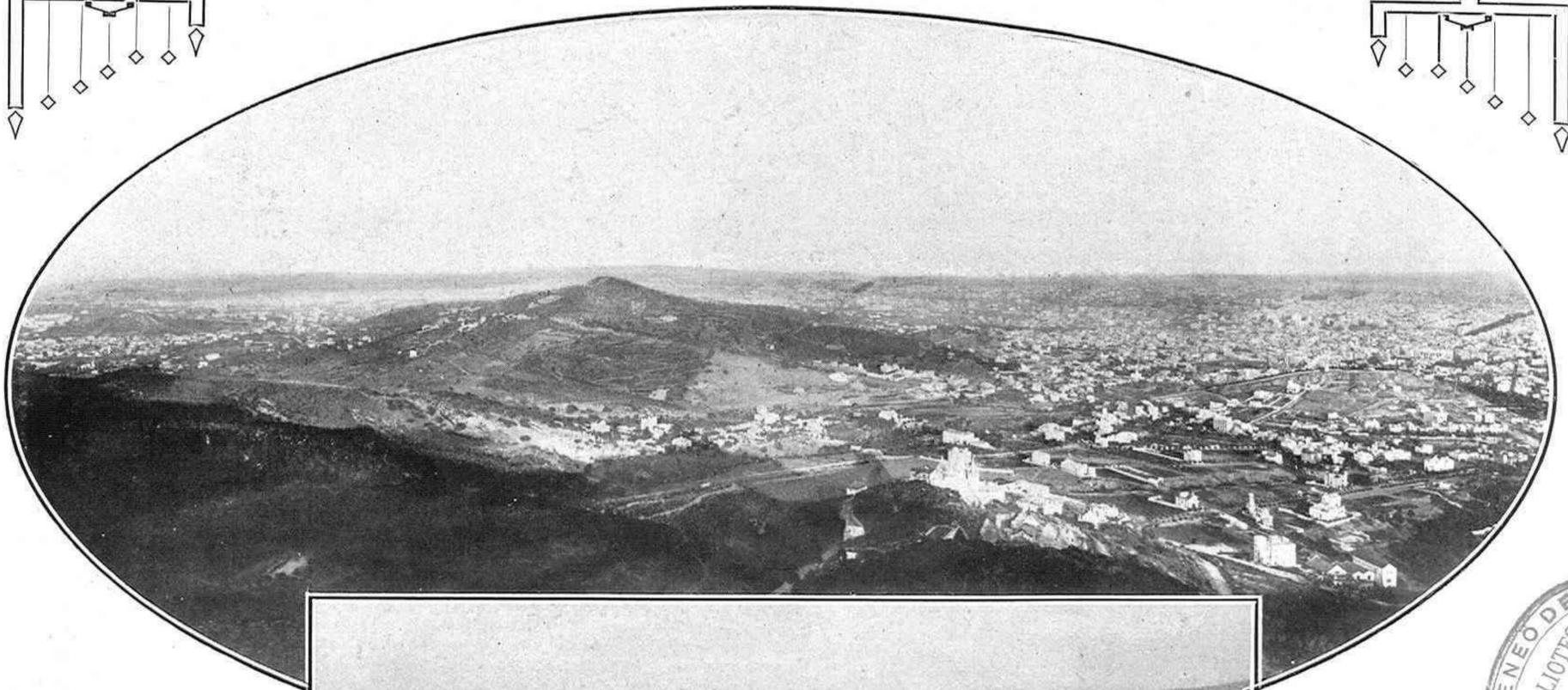


APACHES EN UN CABARET

Dibujo de Bartolozzi



POR TIERRAS DE CATALUÑA
LA CUMBRE DEL TIBIDABO



Vistas panorámicas tomadas desde la cumbre del Tibidabo

SOBRE la esbelta cumbre del Tibidabo, se recoge en el alma una impresión perdurable de grandeza.

En el mismo confín de Barcelona, levanta su mole la montaña gigantesca, atalaya de riqueza y poesía.

A quinientos metros de altura se alza la cresta admirada, que trunca su cima en amplia meseta dominadora.

Deja atrás el tranvía la Avenida fastuosa que rotula el monte, luego de cruzar entre jardines y «torres» de construcción suntuosa. En ocho minutos asciende el funicular, arrastrando perezoso el convoy heterogéneo de turistas que lo asalta. ron: se advierte al pasar, la torre Eiffel en miniatura, que marca la alzada de la torre famosa parisién, y cuando alentados por el deseo se avivan los estímulos de llegar con rapidez, concluye la ascensión sentando el pie en la prodigiosa cima.

En una tarde otoñal recojo las notas para delinear este artículo. Es una tarde feliz de este clima placentero, que envidia la misma Niza: un sol alegrador inunda de luz el ambiente diáfano de azul intenso y matiza la naturaleza en facetas bellas de poesía.

La algazara del domingo barcelonés, infantil y provinciana, tenía su nota de bullicio en la cúspide del monte, donde se mezclan regocijados tipos extranjeros —con el Bedeker y los gemelos de ritual— y gentes del país, de rebelde

amalgama. Una charanga militar lanza al viento valses eróticos de música vienesa; un teatrillo guiñol hace la delicia de chiquillos, niñeras y payeses; bailan en una terraza joviales parejas juveniles y van llegando al anuncio ronco de las bocinas, automóviles con ricos burgueses de la ciudad...

Son accidentales estas notas que se borran fugaces de la memoria. Las notas de color, típicas, únicas, de imborrable remembranza, se archivan en el alma abierta en lo grandioso, al contemplar el panorama que domina la vista con incomparable emoción.

Desde una cornisa extrema se admira la urbe catalana en toda su amplitud. A los pies de la montaña se extiende Barcelona, la ciudad maravillosa, orgullo de España,

grande en su riqueza y poderío, magna en su arte y plástica hermosura, y sobre todo heroica y gloriosa en su civismo.

Asentada en la costa mediterránea, parece recibir cual gran señora la pleitesía del mar, cuyas olas embleman mensajes de admiración de los pueblos hermanos... A la mente asalta el recuerdo de sus días agobiantes de amargura, días de prueba en que consagró un carácter, trocando por el trabajo, en aureola de gloria las ráfagas de la dinamita y el incendio.

Las líneas rectas de avenidas, abocan al puerto; aparece diminuto á simple vista, pero ante-



Vista de la cúspide del Tibidabo, tomada desde el apeadero del Observatorio

FOTS. BALLELL





Vista del Observatorio tomada desde la cumbre del Tibidabo

FOTS. BALLELL

ojos potentes lo ofrecen proporcionado; se ven fraternizando enseñas nacionales y extranjeras en los buques; sale un trasatlántico con majestad; flamea la bandera en un cañonero anclado, y á través de los barcos poderosos se ve el mar, límpido, azul, en suave y apacible calma...

Allá, en los confines del horizonte marino, se descubren las Baleares, las islas seductoras, de campiñas mimosas, lujuriantes.

A la derecha del puerto, surge la pelada montaña de Montjuich, con su castillo famoso, y en su ladera, el barrio obrero de Sans destaca á centenares de chimeneas que no corona hoy el negro penacho de la industria; más lejos, el llano del Llobregat, cual una granja modelo.

A la izquierda se extiende la costa, rizada por pintorescas bahías que abrazan pueblecillos pescadores.

Las estribaciones del Pirineo señalan por detrás una cadena orográfica que domina el Montseny á 1.700 metros, con escalones de montículos irregulares.

De otro lado, abajo de la falda verdosa erizada de pinos y follaje vario, se abre Vallés, extensa planicie que pueblan Tarrasa, Sabadell y otras ciudades fabriles: diríase que se dilata la llanura para dar contraste á la sierra rocosa de Montserrat, que allá á lo lejos corta el horizonte con su silueta grisácea de picachos dantescos, colosales. Y á ambos lados del monte venerado, valles pintorescos de dulce paisaje, que riegan canales y riachuelos dando á la tierra frondosidad de praderas suizas.

Montañas escalonadas se pierden á la vista, sirviendo de marco al panorama singular que brinda el Tibidabo hacia Poniente. Ruinas de fortalezas y «torres» modernas coronan las cimas, y se esconden en la floresta *chalets* coquetones de grato retiro estival.

Por entre las copas amplias de los pinos que rematan las alturas, se vislumbran las postreras luces en mágico arrebol; á la hora poética en que el sol transmonta, los tonos melancólicos de la caída de la tarde van sustituyendo tenuemente

la rica luz de los tintes meridianos; el último rayo solar da su adiós á la Naturaleza, dulce como el adiós de un amante que se aleja, triste cual la sonrisa de un pobre físico en el ocaso de la vida que se escapa...

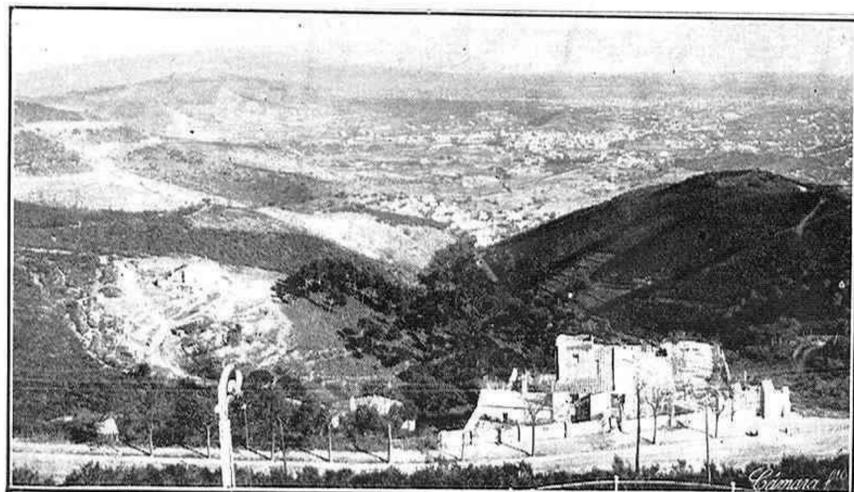
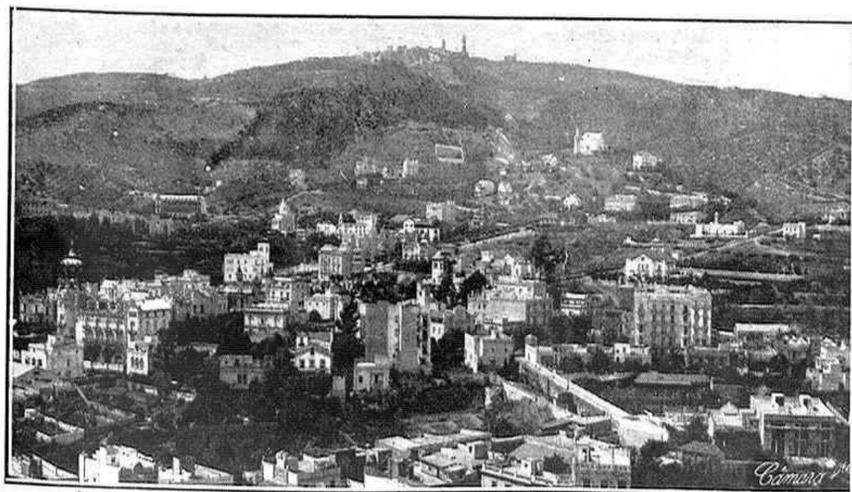
El espíritu abatido se modela también en la tristeza; la bruma violácea de las lejanías y el rojo de sangre del crepúsculo, embargan el alma ante la evocación de la guerra, que asola sin piedad grandezas cual las que miro y que difícilmente podrá restaurar la paz...

Pero el instinto de vida atrae hacia la faz del monte que mira á la ciudad; el reflector la ilumina con ráfagas vertiginosas, y miles de lucecitas la semejan á un cielo constelado.

Allá está la alegría y la vida que son imán irresistible, y á ella afluye la abigarrada muchedumbre que asalta de nuevo el funicular mientras lanza la charanga los últimos compases de música vienesa...

EUSEBIO DIAZ

Barcelona, Enero 1915.



Panoramas de la montaña del Tibidabo



EL CASERÍO DE ARRAKOA



En el fondo del valle neblinoso y austero,
se alza el caserío de Arrakoa el sidrero...
Arrakoa es un vasco taciturno y severo
de muy pocas palabras y de mucho dinero...

Este recio Arrakoa que saliera jocundo,
en busca de aventuras á recorrer el mundo,
al tornar á Vasconia, viejo y meditabundo,
trajo en el corazón un tormento profundo.

En su grave silencio y en sus miradas duras
hay el misterio negro de las noches oscuras...
Y su espíritu corta, como las quebraduras,
en la roca afilada de las escarpaduras...

Ni cree lo que afirma, ni duda lo que niega...
Y en las tardes de invierno, cuando lejano llega
el rumor de las lluvias á la obscura bodega,
discuten Arrakoa, Itzaguirre y Artega.

Arrakoa, fumando, sus aventuras narra...
pero Itzaguirre, que es un viejo vizkaitarra,
echa un discurso, mientras apuran una jarra,
de una picante sidra que ellos llaman pitarra...

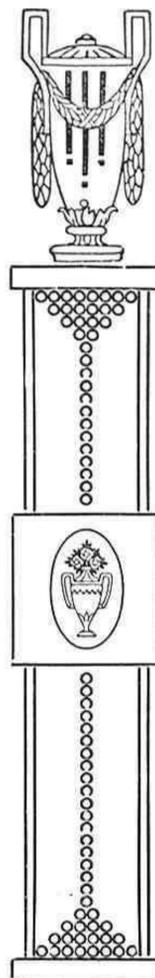
Es un raro discurso, en un vascuence añejo,
sobre las libertades y fueros del concejo.
¡Oh, cómo se ilumina, mientras habla, este viejo
de la nariz bermeja, sobre el mentón bermejo!

Pero en vano... Arrakoa con su boina calada,
su nariz aguileña y su fría mirada,
desprecia la política..., ya no le importa nada
más que la gran tragedia de su vida truncada...

Cuando es la noche oscura, sin claros ni luceros,
como conspiradores ó como bandoleros,
entran contrabandistas, silenciosos y fieros,
huyendo de las sombras de los carabineros...

Marichu, la sobrina de Arrakoa, les llena
el jarro... Todos callan mirándola... Es morena
tiene crespo el cabello, la mirada serena,
una planta espigada y una cadera llena...

...Cubiertos de una gasa y un enjambre de moscas,
del muro de la tienda cuelgan cirios y roscas...



Las tallas de las mesas y el artesón, son toscas...
Y las facas de todos los jugadores hoscas...

En el zaguán hay una vieja alpargatería
y un despacho de finos lienzos de Rentería...
Y á Marichu, la compran, para la romería,
los mozos, alpargatas; las mozas, lencería...

Esta casa, es la casa misteriosa y severa,
en donde se reúne la gente aventurera...
Detrás están el huerto y el maizal, la bolera,
el pajar, los establos, el pomar, la pradera.

En los días oscuros, cuando la lluvia fina
cala la huesa al pobre viajero, que camina
perdido por los valles en la densa neblina,
la puerta de Arrakoa, llamándole, rechina...

Encima de la puerta hay un tosco letrero,
que reza así, en vascuence, primitivo y austero:
«Esta casa, es la casa de Arrakoa el sidrero,
detén tu paso y entra sin temor, pasajero...»

En el nombre del Padre que me puso en la vía
de esta vieja posada, donde hallé la alegría,
yantar, calor y lecho cuando triste volvía,
con cansancio, con hambre y con melancolía...

¡En el nombre del Padre que alumbró el firmamento,
bendigo á este Arrakoa que rugió como el viento
al verme entrar, y luego, con gran contentamiento,
me dió su pan, su jarro, su fuego y su aposento!

¡Oh, mi buen Arrakoa... Ya de vuelta en Castilla,
no beberé contigo tu pitarra amarilla,
ni jugaré á la barra, ni iremos á la orilla
del río á por las vacas y á por las ternerrillas!

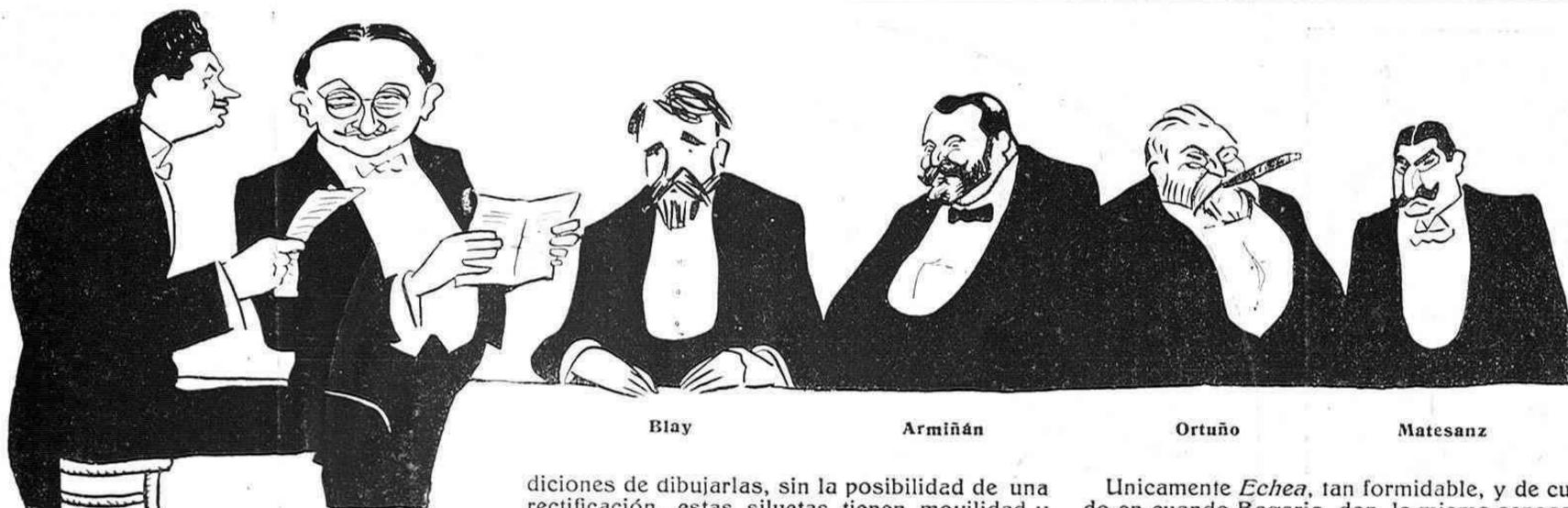
ENVÍO

Arrakoa, eres duro pero eres bueno... Quiero
dedicarte esta rima, también con un letrero
que diga: «Si te llegas por Vasconia, viajero,
párate en la posada de Arrakoa, el sidrero...»

DIBUJO DE CÉSAR

LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN

NOTA CÓMICA
CARICATURAS DE UN HOMENAJE



Carretero

Francés

Blay

Armiñán

Ortuño

Matesanz



Las fotografías de todos los banquetes se parecen. Hay en los cuerpos de los que la máquina prepara «antes de sorprenderles» idéntica fiesura y rigidez; en los rostros el mismo gesto acechando el próximo fogonazo del magnesio, y detrás de los festejados, las cabezas levantadas en una violenta tensión del cue-

diciones de dibujarlas, sin la posibilidad de una rectificación, estas siluetas tienen movilidad y parecidos muy notables. Algunas, casi todas, son aciertos rotundos.

El caricaturista va siempre más allá de la fotografía, incluso muchas veces profundiza y arranca los secretos psicológicos del modelo—inconsciente de que es tal modelo y por tanto en toda su naturalidad de ademanes y de expresión fisonómica—con más exactitud que el pintor.

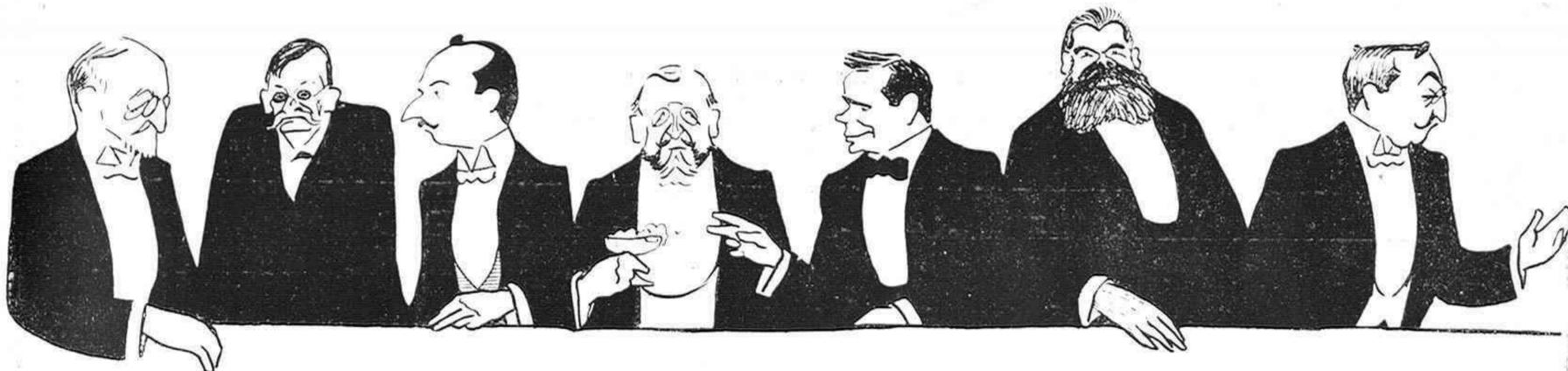
En este sentido el arte de Fresno es inconfundible.

Recientemente, en estas mismas páginas y

Unicamente *Echea*, tan formidable, y de cuando en cuando *Bagaria*, dan la misma sensación de verdad y de graciosa picardía.

Más aún: se recuerdan *charges* de Fresno que han indignado a muchos hombres... y a muchas mujeres, sobre todo las actrices que siempre confían en el prestigio inatacable de su belleza.

No han querido, sin embargo, estas notas ligeras intrascendentes de ahora, alcanzar esos propósitos satíricos. Han querido ser una sonrisa más, una grata floración del ingenio y del donaire y al responder al honor que nos hacían los políticos ilustres, los insignes artistas, los



Sanz Escartín

Galdós

Verdugo

Esteban Collantes

Zavala

Moya

Prast

llo, algunos de los concurrentes a la fiesta conquistan legítimo derecho a demostrar que asistieron a ella.

Esta igualdad de unas fotografías y de unas a otras actitudes autorizan a esas regocijadas e ingeniosas reconstrucciones fotográficas de los periódicos satíricos.

Fresno, el admirable dibujante que es un maestro en el género de la caricatura personal, ha querido dar una nota nueva, simpática y alegre de la mesa presidencial del banquete en honor de los fundadores de LA ESFERA.

Rápidas, nerviosas, en las desfavorables con-

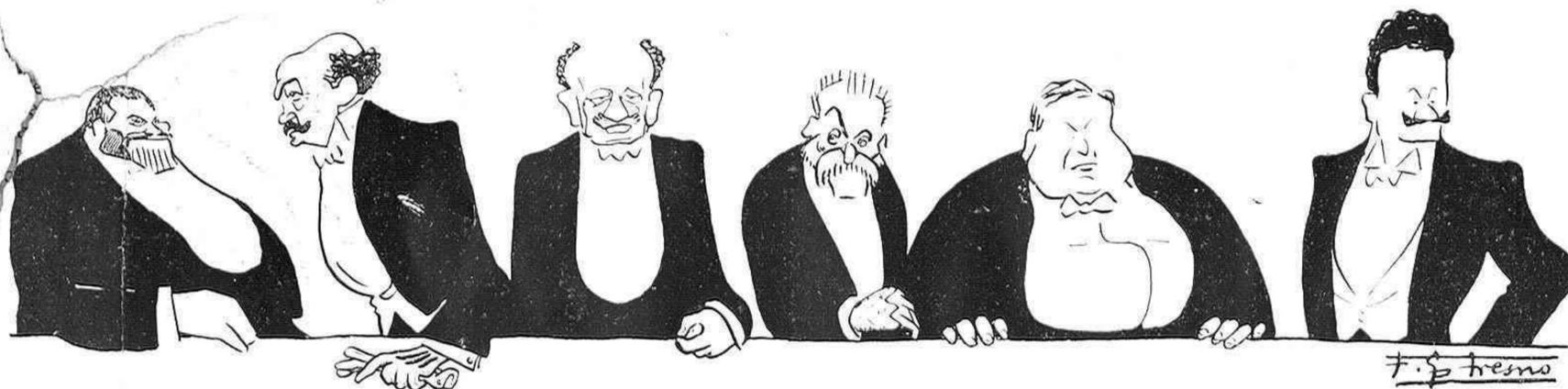
con motivo de una exposición de caricaturas, hemos elogiado como se merecen esa facilidad rapidísima con que se apodera de los rasgos precisos y simplifica las líneas para lograr un parecido exacto.

Durante diez años todos los aspectos españoles de teatros, de la política, de la literatura, han desfilado bajo el lápiz experto de Fresno. Sobre todo sus caricaturas de los estrenos nadie ha llegado a superarlas.

Alguna vez se le ha comparado con Des Lozques y Sem, los admirables dibujantes franceses; pero Fresno va más allá siempre.

eminentes escritores sentados en torno de Verdugo y de Zavala, Fresno puso su lápiz una vez más al servicio de su talento.

Y pasado algún tiempo, cuando los ecos de los aplausos, de los vítores, se haya apagado en la memoria de muchos, pero no en nuestro corazón, estas graciles, maliciosas y regocijadas siluetas que no tienen la convencional y obligada expresión de unas fotografías, nos harán sonreír levemente imaginando al caricaturista que acaso se quedó sin comer ni beber aquella noche para ver cómo bebían, de qué modo comían y de qué manera brindaban los demás.



Francos

Peñalver

Villegas

Ferrant

Zurano

Alvarez Quintero (S.)

Dibujos del notable artista Fernando G. Fresno

F. G. Fresno

NUEVOS FACTORES DE LA CAMPAÑA
EL EJÉRCITO PORTUGUÉS



Oficial de Artillería



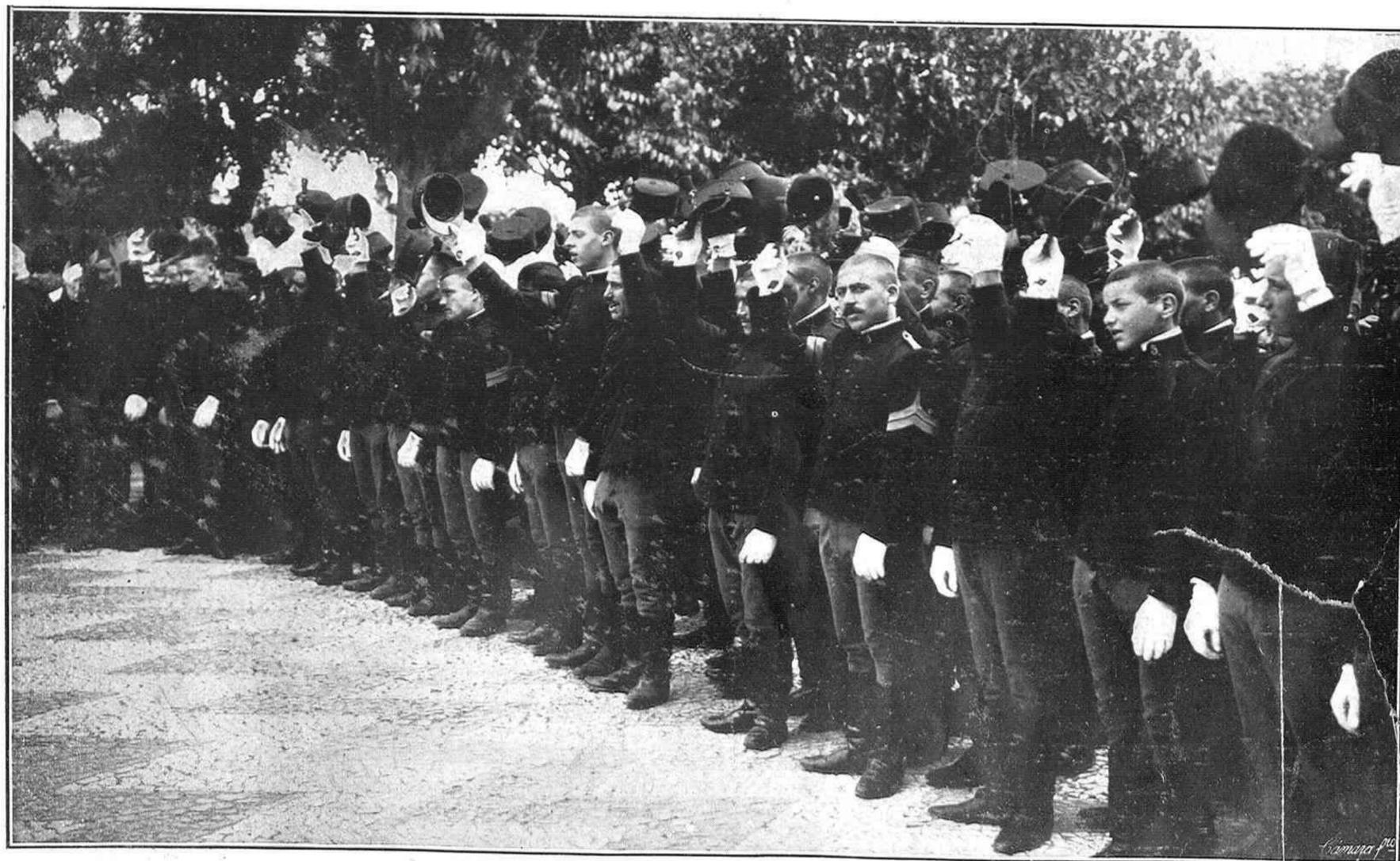
Soldados de la Guardia Republicana



Soldado de Infantería de Marina

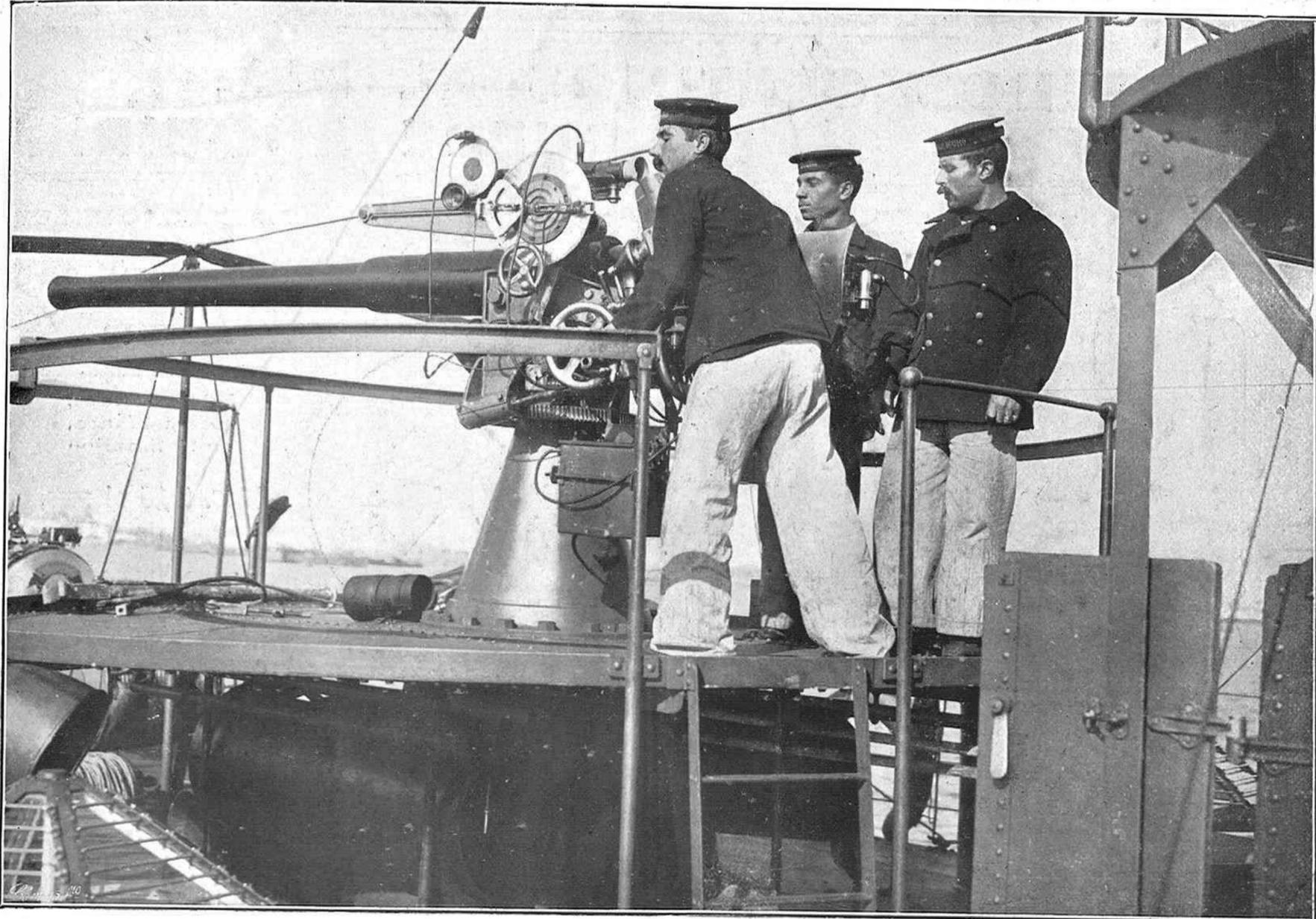
PARA la nación lusitana son los momentos actuales delicados y supremos; luchas de bandería entorpecen su política, viejos compromisos la arrastran á la guerra y allá va sin entusiasmos, ni objetivos, para pagar su feudo inquebrantable. Los germanos le dan hecho el pretexto de su intromisión, invadiendo la portuguesa colonia africana de Angola, para cuya defensa preparan los lusitanos 7.000 hombres más. Al teatro occidental de la lucha europea irá un cuerpo ex-

pedicionario de 21.741 soldados de todas las armas y cuerpos, 720 oficiales, 2.270 caballos de silla, 4.798 animales de tiro, 1.145 carruajes hipomóviles y 41 automóviles. Portugal tiene un presupuesto total de 74 billones 605.880 mil reis, ó sea aproximadamente 135.725,460 pesetas, y de él consume en Guerra 8.560.666 mil reis, 38.522,997 pesetas; pero á esto hay que agregar el presupuesto extraordinario de 450.000 millones de reis, 2.025,000 pesetas.



Soldados de Infantería en una fiesta militar

BIBLIOTECA
 MADRID



Artilleros de la Marina portuguesa con el nuevo uniforme

El servicio en Portugal es obligatorio, por ley de 12 de Septiembre de 1887, y en virtud de la de 7 de Diciembre de 1905, comienza á los veinte años y dura quince, de ellos, tres, en el ejército permanente.

Un decreto ley de 10 de Marzo de 1911, dictado por el Gobierno provisional, sustituyó el régimen de milicianos nacionales.

Desde los doce á las veinte años, los mozos reciben instrucción militar preparatoria, consistente en ejercicios de gimnasia y tiro, los domingos; en la actualidad el servicio dura hasta los cuarenta y cinco años; diez en el ejército activo, otros diez en la reserva y los cinco últimos en el ejército territorial.

En caso de guerra pueden los hombres ser llamados á filas desde los diez y siete años.

Consiste el servicio en el ejército activo en la asistencia á una escuela de reclutas durante quince, veinte, veinticinco ó treinta semanas, según el arma ó el servicio. A la terminación de ese tránsito por la escuela, cierto número de soldados pueden ser retenidos durante un año en el servicio permanente.

Nútrese éste de voluntarios, completándose las plantillas prefijadas con los mozos de reemplazo, por sorteo.

Dos semanas por año practican los demás en una escuela de reposición y mientras permanecen en la reserva acuden á filas por dos periodos quincenales; y los individuos del ejército territorial hacen el practica de una semana de ejercicios de cuadro.

No hay dispensa alguna para el servicio y sí prórrogas de incorporación para es-

tudios ó empresas á realizar. Los que son sostenidos de sus familias reciben, mientras permanecen en activo servicio, un socorro diario.

El ejército portugués comprende cuatro grupos: ejército de primera línea, tropas de reserva, tropas territoriales y tropas coloniales reclutadas por enganches voluntarios.

El territorio de la República está dividido en ocho grandes regiones de reclutamiento, subdividida cada una en cuatro distritos, mas tres distritos para las islas Azores, Madera y Cabo Verde. A cada distrito corresponde un regimiento de Infantería activo y un cierto número de batallones territoriales.

Cada región de reclutamiento origina una divi-

sión activa y dos brigadas de reserva; las otras armas y servicios de la división se reclutan, á prorrato, en el conjunto de la región.

La Infantería comprende 27 regimientos de tres batallones de tres compañías, salvo las dos de Azores y Madera que sólo tienen dos batallones; seis batallones de cazadores de á seis compañías, una compañía de ametralladoras y seis de ciclistas.

La Caballería consta de 10 regimientos, los dos primeros de Cazadores. Cada regimiento tiene cuatro escuadrones.

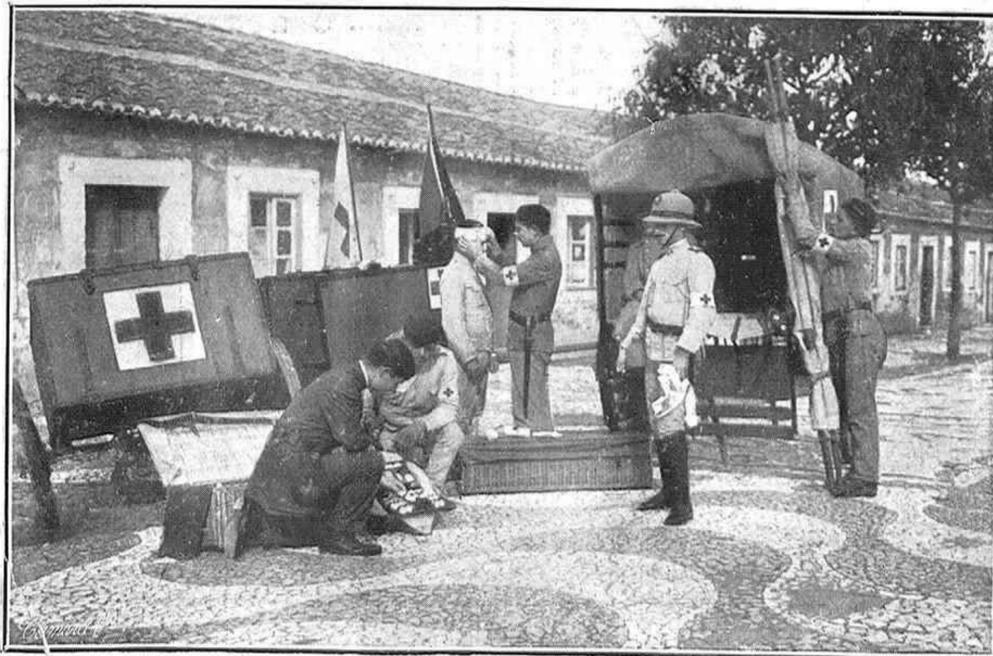
La Artillería tiene seis regimientos de campaña, de á dos grupos de cuatro baterías; un grupo de Artillería á caballo y otro de montaña, los dos de á dos baterías; seis grupos de Artillería de á seis baterías y cinco baterías independientes.

Los ingenieros tienen seis compañías de zapadores, una de pontoneros, una de telégrafos y otra de ferrocarriles.

Usa la Infantería fusil de repetición Mauser-Vergeiro de 6,5 milímetros de calibre; la Caballería carabina Mannlicher de idéntico calibre; la Artillería de campaña cañón de 75 milímetros Schneider-Cannet, modelo 1904.

Tienen nuestros vecinos 2.500 oficiales, 105.000 hombres en el ejército de primera línea en pie de guerra y 145.000 en el de segunda. En tiempo de paz el efectivo en armas es de 30.000.

Pronto será un hecho su intervención en la mundial pelea contra el sentir popular que niega ambiente á esta horrible lucha.



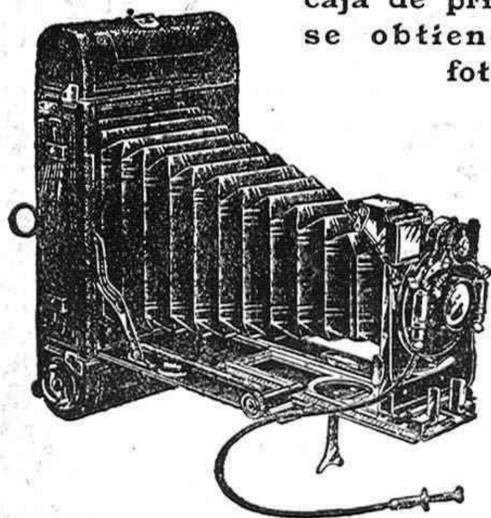
Servicio de Sanidad del Ejército portugués FOTS. CHUSSEAU-FLAVIENS

CAPITAN FONTIBRE



CON UNOS CÉNTIMOS AL DIA, SE PUEDE ADQUIRIR

"SUEÑO IDEAL" 9x12, PARA PLACAS y PELÍCULAS
marca "ERNEMANN", y una caja de prismas, con el que se obtienen magnificas fotografías



Pesetas 8,00

al mes,

en 24 meses;

al contado,

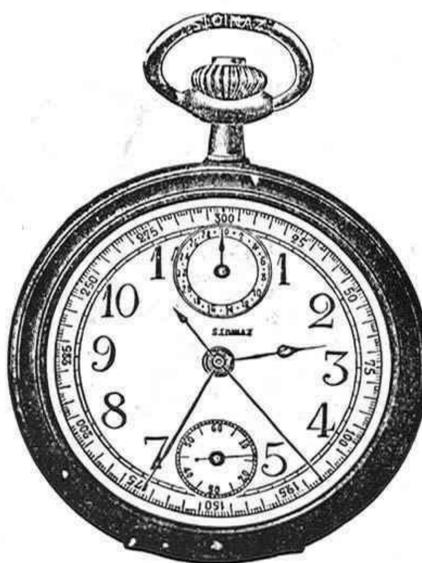
pesetas 163,20

LEPINE, ORO DE LEY
DE 18 QUILATES,
CUBETA DE ORO

CRONÓGRAFO

CONTADOR,

Primera calidad,
esfera blanca,
... 19 líneas ...

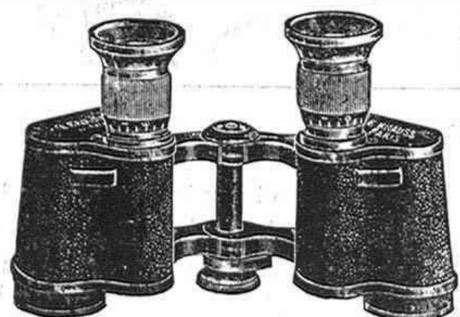


Ptas. 18,75 al mes,
en 20 meses

AL CONTADO:

Ptas. 318,75

GEMELOS PRISMÁTICOS,
DIEZ VECES DE AUMENTO
MARCA "VALETTE", SERIE "LOICO"



CAMPO GRANDE,
AUMENTO GRANDE

VOLUMEN
REDUCIDO
GRAN POTENCIA
Y CLARIDAD

Ptas. 9,00 al mes, en 15 meses

Bicicleta LA INGLESA, con neumáticos HUTCHINSON

y dos frenos a las llantas con rueda libre. : : Llantas niqueladas, con filetes en colores

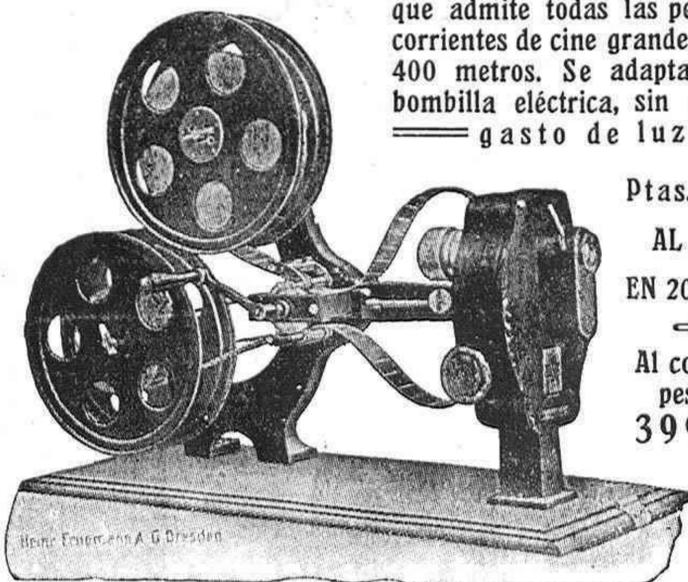


Ptas. 12,25 al mes,
en 20 meses

AL CONTADO: Ptas. 208,25

"KINOX ERNEMAN" CINEMATÓGRAFO DE SALÓN

que admite todas las películas corrientes de cine grande, hasta 400 metros. Se adapta a la bombilla eléctrica, sin ningún gasto de luz



Ptas. 23,50

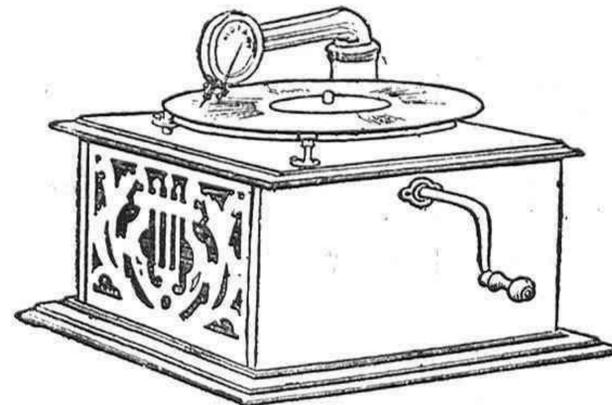
AL MES,

EN 20 MESES

Al contado:

pesetas
399,50

Máquina parlante sin bocina, con 30 discos dobles, marca "Homokord", ó sean 60 piezas á elegir



SONORIDAD

y

ELEGANCIA

Ptas 11,75 al mes, en 24 meses

Al contado: ptas. 239,70

PÍDASE CATÁLOGO ILUSTRADO Y CONDICIONES DEL OBJETO QUE SE DESEA, Á LA CASA

S. LOINAZ y Comp.^a --Prim, 39, SAN SEBASTIAN

Y SE RECIBIRA GRATIS POR CORREO